

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XIX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 21. — Nº 488.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

Exposicion de horticultura, agricultura y aclimatacion en Niza; grabado. — Revista española. — Concurso internacional de ganados en Poissy; grabado. — Batida de jabalies hecha por el principe Oscar de Suecia; grabado. — Revista de Paris. — De patas en el infierno. — La batalla de Pittsburg; grabado. — Dos hermanos rivales. — Manufactura de los cañones Armstrong en Woolwich; grabados. — Teatro de la Puerta San Martin; grabado. — Méjico; grabados. — Las áncoras de misericordia. — Revista de la moda. — S. M. la reina de los Países Bajos; grabado. — Fr. Guill. Schadow; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

horticultura, agricultura y aclimatacion, que patrocina por SS. MM. II., ayudada con una subvencion anual de 2,500 francos, fomentada por los personajes mas eminentes, como el rey de Baviera, el principe Oscar de Suecia y el duque de Parma, esta produciendo ya los mejores resultados. Cada dia una numerosa muchedumbre acude á admirar en ella las espléndidas muestras de la flora meridional.

Ploermel. — Pensiones á los músicos. — Artistas españoles que prometen. — Libros. — Un editor que merece premio y otro que merece castigo. — Noticias sueltas. — Exposicion hispano-americana. — Funerales de Cervantes. — Los hermanos de marras.

Cuestion digna de meditarse me parece, bajo todos conceptos, la de si es mas facil hacer reir que llorar al género humano. Me inclino á creer lo primero. Los Aristofanes abundan mas que los Sófocles, y parece que cuesta menos trabajo á la naturaleza producir un Juan Rana, un Potier y un Guzman, que un Talma, un Maiquez ó un Leken. Tambien se observa que frecuentemente consiguen excitar la risa de la muchedumbre con sus extravagantes farsas, bufones, arlequines y payasos de escaso mérito, mientras rara vez le hacen derramar lágrimas las dolorosas lamentaciones de los mejores tragicos del mundo.

¿Sera porque el hombre propende mas á la alegría que á la tristeza, contra lo que han creído algunos filó-

Revista española.

La risa y el llanto. — Lo que es la crónica. — Un concierto y un banquete en Palacio. — Traje de la reina. — Las procesiones de la semana santa. — Datos curiosos. — Las corridas de toros. — Muerte de un espada. — Barbarie de estas funciones. — Un robo original. — Animacion en Aranjuez y desanimacion en Madrid. — Teatros. — Sinfonia del Pardon de

Exposicion de horticultura, agricultura y ACLIMATACION EN NIZA.

Acaba de abrirse en Niza la segunda exposicion de



Exposicion de horticultura, agricultura y aclimatacion en Niza.

sofos antiguos y modernos, y la risa se halle mas próxima á nuestros labios que el llanto á nuestros ojos? ¿Acaso consistirá semejante fenómeno en que el arte de divertir el espíritu ofrece menos dificultades que el secreto de conmover el corazón? Aunque la vida humana es un camino donde los abrojos y las espinas abundan mas que las flores; aunque el dolor llama con mas frecuencia á nuestras puertas que la felicidad, hay en nosotros una afición originaria á la fábula, á la sátira, al epigrama, á toda ocurrencia, en fin, que se dirige á poner en ridículo las acciones humanas.

Por esto solo se comprende que agraden á los lectores artículos como los que publico para darles noticia de cuanto ocurre en España; y por esto se comprende tambien que les agrade mas cuanto mayor es el número de anécdotas, de sucesos extraordinarios, de chistes y de epigramas que refiere el cronista.

Pero la crónica, reflejo de la sociedad, ó mejor dicho, su fotografía, tiene como ella que sufrir y gozar, necesita hablar á todas las personas, á todas las clases, á todos los gustos, á todos los temperamentos. De aquí la diversidad de materias; de aquí, que lo que gusta á las lectoras no agrada á los lectores, ó que lo que entusiasma á las personas frívolas desespera á las formales.

Arrostrando el peligro de oír desprecios y alentado por la esperanza de escuchar benévolas exclamaciones, doy principio á mi tarea para bosquejar la historia social, literaria y artística del mes de abril.

La estancia del príncipe Hohenzollern Sigmaringe en nuestra corte ha proporcionado á los cortesanos un brillante concierto y una espléndida comida en el palacio de los reyes.

El concierto estuvo brillantísimo. A pesar de que el convite habia sido mas reducido que otras veces, y acaso por esta circunstancia, el magnífico salon de columnas no contenía ni una sola persona mas de las que cómodamente podian estar allí. Las damas lucian perfectamente sus trajes, sin el remordimiento de estar oyendo gruñir y refunfuñar á su adorada crinolina, y los caballeros, casi todos, estaban ó podian estar sentados. En este punto, que en casi todas las grandes reuniones modernas se pierde de vista, la fiesta no dejó nada que desear.

La comida se verificó tambien en el salon de columnas. Empezó á las siete y media y concluyó á las nueve. Durante la comida la banda de alabarderos tocó varias piezas de música.

Después de la comida, S. M. la reina, que daba el brazo al príncipe de Hohenzollern, y todos sus convidados, pasaron á la antecámara del rey, salon de Gasparini, donde estaba servido el café.

La reina vestía traje de doble falda, era de seda azul y estaba guarnecido de encajes blancos del mayor precio. La corona la formaban flores de lis compuestas de gruesos brillantes, y venia á unirse con los bandos, sobre los que lucian estrellas tambien de brillantes.

Su Majestad el rey, el infante Don Francisco de Paula y el duque de Tetuan, llevaban en honor del príncipe, al que S. M. festejaba, la banda anaranjada de la distinguida orden del Águila Negra de Prusia.

Los convidados dejaron el palacio á las diez en punto. Como todos los años, el viernes santo salió en Madrid la procesion del Santo Entierro.

La deliciosa temperatura de un día verdaderamente primaveral, hizo que la concurrencia fuese tan numerosa como puede ser en la capital de España, donde á pesar de todo, las procesiones de semana santa no ofrecen el aliciente que las de Sevilla y otras poblaciones. Los pasos que salen en la procesion de viernes santo de esta corte, no se distinguen gran cosa en verdad por su mérito artistico; pero llenan bien su objeto, y excitan la devocion del religioso pueblo de Madrid, por mas que sea repugnante en medio de la pública compostura observar la irreverente actitud de algunas personas y escuchar las impías palabrotas de muchos, que no solo faltan á sus deberes de buenos cristianos, sino al decoro que debe distinguir á toda persona bien educada. Nueve pasos de grupos ó imágenes salen en esta procesion, y muchas de ellas llevan su especial acompañamiento de las cofradías que sostienen particularmente su culto.

Antiguamente estas cofradías divididas en gremios eran muy numerosas y asistian todos sus individuos. En caso de no poder concurrir, debian pagar cierta cantidad y enviar vela para que otra persona ocupase su lugar. Pero hoy todas las cofradías, excepto la del Sepulcro (Santísimo Cristo de la Eterna Vida), perteneciente á la congregacion de carpinteros y ebanistas, y la del Descendimiento, que pertenece á los alguaciles desde el tiempo de Felipe II, ó han caducado, ó están reducidas á muy corto número de congregantes, ó han perdido su carácter gremial. El primer paso, la Oracion del Huerto, que se venera en la iglesia de Nuestra Señora de Gracia, corresponde á la clase de hortelanos. Jesucristo atado á la columna y el *Ecce homo*, pertenecian á las congregaciones de tenderos de comestibles y esparteros, respectivamente: estos dos notables grupos se veneran en San Juan de Dios. Jesus Nazareno, titular de la iglesia de Jesus, es propiedad de la casa de Medinaaceli. Son de mucho mérito y bastante valor las tunicas que viste. Llevan las andas dependientes de la citada casa, y es opinion admitida entre el vulgo, que le crece el pelo. Otro tanto asegura la sencillez é ignorante creencia de algunas personas acerca de otra imagen de Nuestro Señor. El encuentro con la Verónica pertenece tambien al templo de Nuestra Señora de Gracia. El Santísimo Cristo de la Fe es conocido por el Cristo de los Guardias de Corps, por la circunstancia de ir acompañándole los individuos de este cuerpo antes de su extincion, en

esta solemnidad. El año de 1835, si mal no recuerdo, ocurrió la desgracia de que le dejaran caer en medio de la carrera, haciéndose añicos, incidente que llenó de consternacion al público. Sigue á este paso el del Sepulcro, que se venera en una capilla de Santo Tomás. La Virgen de la Soledad, que es el octavo paso y se venera en San Isidro el Real, capilla que fué de San Ignacio de Loyola, era la imagen titular del antiguo convento de mínimos de San Francisco de Paula, ó sea el convento de la Victoria que se hallaba á la entrada de la Carrera de San Gerónimo, frente al Buen Suceso. Estos religiosos disfrutaban el privilegio de tocar doce campanadas al salir la procesion de viernes santo. El último paso, el Descendimiento, se compone de un grupo de seis figuras y tienen que llevarlo sobre ruedas. Este recibe culto en Santo Tomás, y ya hemos dicho que forma su cofradía el gremio de alguaciles. Tales son los pormenores mas importantes de la solemne procesion.

El domingo de Pascua ocurrió una lamentable desgracia en la corrida de toros. En esta bárbara funcion murió el espada conocido con el apodo de *Pepe*. A poco de presentarse el toro en el redondel, se dirigió hácia el torero, quien le corrió, saltando al callejon de la barrera, dejando un poco de capa colgada en esta, á cuyo engaño le dió el toro varios derrotes instantáneos, pero que el espada no vió porque le hablaron algunos aficionados del tendido. El bicho se fué hácia los centros de la plaza, y despues se paró en los tercios, adonde fué á buscarle un picador, á cuyo caballo acometió y empezó á suspender, tirándole por último y cebándose en él. *Pepe* vuelve de pronto la cara, ve expuesto á su picador, y corre á librarle. El codicioso toro vió al diestro correr cuando se dirigia por encima de donde se hallaba el cornupedo, le salió al encuentro con una salida impetuosa y cortando el terreno, le cogió, á pesar de hacer uso en lo que pudo del capote, que llevaba enrollado en el brazo izquierdo, y le dió un puntazo insignificante junto á la cadera derecha, echándose en la cuna, en cuyo acto se agarró de un cuerno el diestro; mas instantáneamente se lo pasó al cuerno opuesto, y le infirió otro puntazo en la tetilla izquierda, que resbaló por dar en una costilla, en seguida le dió una gran cornada por debajo de dicha tetilla izquierda destrozándole el pulmón y el corazón, y despidiéndole al suelo. El espada *Pepe* se levantó con algun trabajo llevándose la mano derecha á la cara como para limpiarse el sudor ó quitarse la arena, y en el momento dirigió la mano hácia el corazón, dando unos diez ó doce pasos hasta llegar á la puerta de Madrid ó de Alguaciles, donde cayó ya casi muerto, arrojando mucha sangre por la herida y caudándose una pequeña en la frente á causa del golpe contra la puerta. Fué conducido inmediatamente á la enfermeria, y allí se le dió la Extremaunción.

Con este motivo ha clamado la prensa contra las corridas de toros, y se cree que el gobierno arrostrará la impopularidad de suprimirlas.

Hé aquí ahora la relacion de un robo que se ha cometido hace pocos días.

En Valencia hay costumbre de colocar un cirio en la capilla de los Desamparados cuando una persona está próxima á morir, cirio que lleva al pié una papeleta donde dice: « Por el alma de fulano de tal. » Hace pocos días, como digo, varias señoras estaban leyendo una de estas inscripciones en la citada capilla, cuando de repente se presentó un hombre, apagó el cirio con desenfado, y diciendo *requiescat in pace, ya ha muerto*, desapareció con el cirio, quedando las señoras rezando devotamente por el alma del que ellas creian difunto. Al poco rato el sacristan se quedó admirado al echar de menos el cirio; hizo varias preguntas, y vino á sacar en claro, que un aficionado á lo ajeno se habia apoderado de la piadosa ofrenda con el mayor descaro del mundo, dando por muerto á un enfermo, á quien de seguro jamás habria oído nombrar.

Los reyes han pasado á Aranjuez, y con este motivo el real Sitio está animadísimo. En cambio, sucede lo contrario en Madrid.

Los teatros, particularmente desanimados antes de la semana santa, no se han presentado en la Pascua con la brillantez que era de esperar. No puedo citar una sola obra digna de fijar la atencion de mis lectores. En cambio, en uno de los muchos conciertos que se han celebrado, oyó el público la sinfonia del *Pardon de Ploermel*, ejecutada de una manera maravillosa.

La obra de Meyerbeer, inspirada por la Bretaña y sus costumbres, parece querer retratar aquella raza intrépida y poderosa, áquel pais agreste y sombrío, *terre de granit recouverte de chenes*, que dice uno de sus poetas; — brama el mar en la procelosa costa, el viento sacude airado las ramas del bosque, pasion de celos y venganza atormenta el corazón del hombre, mientras se disputan el dominio de su razon la fe luminosa y la supersticion oscura; el drama humano se desarrolla en una escena animada por los grandes accidentes de la naturaleza, adivina el corazón interiores luchas, pesares, desgracias y remordimientos, descubre un horizonte amenazador y nebuloso, tiembla y sufre; cuando del seno del gran desorden, de aquella confusion de gemidos é imprecaciones, de vientos y olas, de tempestades y gritos, descrita en torrentes de una instrumentacion sonorísima y valiente, brota la voz del consuelo y la esperanza, la voz de la oracion, esa voz que nace instintivamente en el alma, cuando puesta en Dios su confianza, le ofrece su pena y su martirio; — esa oracion de la tarde, esa Ave-Maria, para cuya expresion no ha encontrado el gran maestro otro instrumento que la voz humana, amansa súbitamente las iras del mar y la tormenta, calma la pasion soberbia, ahuyenta las sombras

del espíritu, y parece que de nuevo brilla el sol en el cielo y suena blandamente la brisa en las hojas al arrullo de la cascada cristalina, y pasan ante los ojos los serenos cuadros de una vida inocente y sosegada.

Los coros respondieron admirablemente á la orquesta en ese trozo magnífico, y coronaron dignamente la fiesta con un *Motete* á voces solas del maestro Leising, música del siglo XVI. Es aquel canto en que la Iglesia, dirigiéndose á sus hijos, les convida á regocijarse y celebrar la resurreccion de Jesucristo: — « Alegraos, vírgenes y mancebos, dice la excelsa Madre, alegraos; el Rey del cielo, el Rey de la gloria ha resucitado hoy entre los muertos. » Estas palabras sencillas y cariñosas inspiraron al antiguo maestro dos ó tres frases musicales, dos ó tres frases solas; pero ¡qué santas y amorosas! ¡Qué llenas de uncion y de ternura! ¡Canto de un alma creyente y amante! ¡Canto verdaderamente de ángeles! Lo que aquella inspiracion bendita me hizo sentir y pensar no pudiera yo decirlo en este breve espacio; solo os diré, que con ansia infinita espero, y conmigo cuantos la oyeron, oírlo de nuevo, y no una vez sola, si quien en la direccion de los conciertos entiendo, no desoye nuestro unanime deseo.

En Barcelona se ha inaugurado el gran teatro del Liceo con los *Puritanos*. No hay para qué decir que lo mas escogido de la ciudad condal llenaba las localidades del coliseo restaurado, orgullo de los catalanes, que les ha costado nada menos que ciento noventa mil duros.

Tambien se ha estrenado en la misma ciudad una zarzuela titulada *Amor y arte*, que escribió Zorrilla en Paris en 1853, y que ha puesto en música el maestro Baltar.

A esto se reducen las noticias teatrales que puedo comunicar á los lectores del *Correo*.

Entre las pocas novedades que en los teatros se preparan, una de ellas es la presentacion en el Circo de la niña Pilar Ros, que ha sido muy aplaudida en Valencia, Barcelona, Zaragoza y Murcia.

El día 10 de mayo hará su estreno en el Circo de la plaza del Rey, y representará las obras siguientes: *La archiduquesita*, del señor Hartzbusch; *Hija y madre*, de Tamayo; *La noche de redencion*, de un poeta zaragozano; *El olmo y la vid como dos gotas*, Aunque la *mona se vista de seda*... y un drama nuevo de gran espectáculo titulado *Pablo y Virginia*; si tiene la acogida que espera, probablemente se prolongaran las funciones y se estrenarán dos ó tres comedias, que por encargo del empresario del teatro está escribiendo un autor dramático.

El Circo de caballos se abrirá tambien una de estas noches. El local es magnífico, y el pintor escenógrafo Ferry ha pintado diez y seis lienzos destinados á cubrir el techo y las galerias.

Los lienzos llevan en el centro dos figuras; un caballo y una amazona, ó un gimnasta cabalgando sobre él y ejecutando diversas suertes.

Recientemente se ha hablado de pensionar para estudiar en el extranjero á algunos de los alumnos del Conservatorio de música.

Esta seria una medida muy plausible. De esta manera, es indudable que dentro de pocos años habria en España profesores, que despues de haber ganado un puesto digno en el suelo de Bellini y de Verdi, vendrian á la madre patria, consiguiendo levantar en ella el arte lírico.

Que en España hay talentos músicos que pudieran sobresalir en el canto y la composicion, lo prueba el número de los que á sus espensas, y sostenidos por su fe de artistas, pasan muchas privaciones y miserias; lo prueba el número de los que hoy mismo estudian en el suelo italiano, y de los cuales la mayor parte, como nada deben á su patria, despues que completen su educacion recorrerán las naciones extranjeras, recogiendo allí el fruto de sus afanes.

Y ya que he tocado este punto, citaré al señor Aguirre, joven compositor español, discípulo del maestro Es-lava, que se halla en Milan, y ha concluido una ópera titulada *l'Assedio di Tarifa*, que va á ser estrenada pronto en uno de los teatros italianos.

Respecto á cantantes, el señor Arteche, natural de las provincias Vascongadas, que posee voz de tenor y que ha hecho sus estudios en Milan, debe empezar su carrera escénica en la temporada actual.

En la misma escuela terminaran pronto sus estudios los señores Fernandez, Soriano, Camino y otros españoles.

Tambien en el teatro de Milan hará en breve su estreno la señorita Bermudez.

En Génova y Niza lo han hecho igualmente en el año corriente los baritonos Coll y Latorre y los tenores Bos y Vidal.

Hé aquí ahora las noticias literarias y artísticas del mes de Abril.

Un editor de Barcelona ha ofrecido 8.000 reales de premio á la mejor novela que le presenten. Esto es honoroso para las letras. En cambio en esta corte ha sorprendido el cartel que ha fijado en las esquinas otro editor. En el anuncio de que hablo se lee: *Los tres enemigos del alma*, novela del popular Fernandez y Gonzalez, y mas abajo, en letras grandes, *Nueve onzas de oro* de regalo á los suscritores. Dudando si era verdad esta última parte del cartel, volví á repararle, sin acertar á salir de mi asombro.

¿Con que el editor de las obras de Fernandez y Gonzalez necesita atraerse lectores poniéndoles el oro en perspectiva, lo mismo que hacen los directores de los boletines de loterías y toros? exclamé para mis adentros. Esto solo basta para conocer la situacion de los

novelistas españoles. Si el popular autor de *Martin Gil*, *la Capa del rey Garcia*, *Luisa*, *Bernardo del Carpio* y tantas otras que gozan de justa nombradía, se ve precisado á permitir que se anuncien sus concepciones con recursos y alicientes semejantes, fuerza es confesar que en la patria de Cervantes se ha perdido completamente la afición á la novela, ó que un asqueroso materialismo ha inficionado las conciencias.

Al lado del cartel á que me refiero divisé otro en el que deletreé *Candelas*, *Balseiro* y *Paco el sastré*, novela de ¡En estos dias en que los continuos robos y asesinatos tienen consternada á la poblacion, presentados los *maestros* de los grandes criminales como héroes de novela, poetizados sin duda por la imaginacion del escritor! No negaré que las hazañas de estas buenas gentes se prestan á fabulas ingeniosas y ofrecen interés y curiosidad á los lectores. Pero grande tiene que ser la habilidad del novelista para despojar á estos tipos de la inmoralidad, que constituye su modo de ser, y para presentarlos de una manera provechosa á las buenas costumbres.

Extensas reflexiones me sugieren los dos carteles en que fijé mis ojos con asombro y repugnancia, pero estas serian mas propias de un artículo especial sobre el estado de la novela española, y continúo mi revista.

El señor Gayangos, en un artículo que ha publicado en la *Revista española*, ha probado que el *Palmerin de Inglaterra*, atribuido por los portugueses á su Francisco de Moraes, es libro originalmente español, y su autor Luis Hurtado. Este le imprimió en Toledo veinte años antes que el español Andrés de Burgos imprimiera en Evora el libro portugués, que es una traduccion del español. En cuanto al *Amadis de Gaula*, que tambien atribuyen nuestros vecinos á su compatriota Vasco de Lobeira, el señor Gayangos dice que antes de los tiempos de Lobeira se conocia ya en Castilla una historia de Amadis citada por trovadores y poetas.

En Barcelona se está publicando, con el título de *Prisiones de Europa*, una obra muy notable escrita por una sociedad literaria. La parte relativa al santo oficio, escrita por don Federico Sawa, es un trabajo importantísimo y completo. Sin dejar por eso de execrar el señor Sawa la crueldad del santo oficio, dice que el objeto de Doña Isabel I al firmar el decreto del establecimiento del tribunal, fué bueno, fué una necesidad, puesto que sirvió para sostener entera la unidad española, mientras que otras naciones se destrozaban en discordias y luchas cismáticas. « Los anabaptistas de Munster, añade, los puritanos de Inglaterra, los homicidas de Irlanda y los católicos y hugonotes en Francia, causaron mayores estragos que la inquisicion en España. » De todos modos, el establecimiento de la inquisicion es una mancha que empaña la gloria de los Reyes Católicos.

Ha aparecido el segundo tomo de *el Espiritualismo*, interesante obra de filosofía del señor don Nicomedes Martín Mateos.

Entre las novelas mas notables que han visto la luz pública en el presente mes, debo citar *la Estrella de Villalar*, de autor anónimo.

Un joven sacerdote que ha comenzado á distinguirse por sus ideas liberales, está publicando una obra que se titula *el Papa y los gobiernos populares*.

El señor Aguirrezabal, catedrático del seminario de Vergara, ha dado á luz un nuevo sistema de taquígrafia. Para apreciar su utilidad, bastará decir que así como en el sistema de Marti para cada letra se usa un signo, en el del señor Aguirrezabal se usa un signo para cada sílaba, por lo cual el autor le ha dado el nombre de *Semiografía*.

Se está haciendo una edicion del *Quijote*, bajo la direccion de don Gerónimo Moran, y protegida por la real Academia española, la cual ha cedido en efecto las planchas de las bellísimas láminas con que exornó la edicion de 1780, de que apenas se encuentran ejemplares.

En Málaga se va á imprimir una corona fúnebre á la memoria de don Francisco Martínez de la Rosa, que contendrá todas las composiciones que se leyeron en la Academia de ciencias y literatura de aquella ciudad en la sesion dedicada á conmemorar al ilustre finado.

El Ateneo de Madrid va á publicar una Revista, para dar en ella publicidad á las discusiones que se celebran en el local que ocupa esta corporacion.

El doctor don Manuel Rodríguez de Berlanga, que fué el primero que dió á conocer al mundo sabio las curiosas inscripciones de bronce conocidas con el nombre de *Tablas de Málaga*, que contenian las leyes municipales de Málaga y Salpenca en tiempo de Domiciano, ha remitido á Paris fac-similes del mismo tamaño que los originales destinados á las corporaciones científicas, con objeto de desvanecer las dudas de los incrédulos.

Se hallan sumamente adelantados los trabajos para la pronta publicacion del diccionario de los sinónimos que está preparando la real Academia española.

Segun la última estadística industrial de la corte, hay 246 empresas interesadas en el fomento del periodismo político y literario, existiendo hoy en Madrid 21 periódicos políticos, 55 de ciencias y literatura, 5 editores de obras dramáticas, 75 almacenes de papel y 90 impresores. Además hay en Madrid 43 litografías y 36 retratistas fotográficos.

La real Academia de San Fernando, que al fin ha conseguido en los presupuestos de este año la consignacion especial que hace tiempo deseaba para publicacion de obras, se ocupa con actividad en preparar y ordenar los materiales para las primeras que han de ver la luz pública: sabemos que se propone entre otras reproducir las obras de Pacheco, Carducho, Jusepe Martinez, Lopez de Arenas y otras que se han hecho rarísimas; y en

cuanto á obras originales, piensa dar la preferencia á los diccionarios especiales de arquitectura, de indumentaria, de mobiliario, el general de bellas artes, etc., para cuyas obras ha nombrado comisiones redactoras que ya tienen acordado el plan de sus trabajos.

En la ciudad de Burgos tratan de abrir una suscripcion para elevar al Cid un monumento en la plazuela del Instituto.

En la Puerta del Sol se va á construir un magnífico edificio que será uno de los mas notables de esta capital. En su mayor parte será de hierro colado, en analogia con los demas edificios y dividido en cuatro cuerpos, de los cuales ocupará el bajo un gabinete de lectura y despacho de libros, y el superior terminará con un globo terraqueo rodeado de barandillas de color de bronce, en cuyo establecimiento se enseñará teórica y prácticamente la geografía. La ejecucion de este proyecto se ha concedido á una compañía belga, que debe darla terminada para el dia 1º del año próximo, haciendo á sus expensas todos los gastos, bajo la condicion de arrendamiento por diez años, con grandes ventajas para el real patrimonio.

Para terminar estas noticias que reasumen el movimiento intelectual de España durante el mes de abril, anunciaré á mis lectores que continúan los trabajos preparatorios para la exposicion hispano-americana que ha de celebrarse en Madrid en 1864. Muy en breve se sacará á público concurso la formacion de los planos para el edificio que ha de ocupar la exposicion; para activar y dirigir los trabajos en las provincias y ultramar, se trata de nombrar sub-comisiones especiales de las que formarán parte algunos individuos de las juntas provinciales de agricultura, de las sociedades económicas y aun de la prensa, cuya opinion se desea atender en todo lo posible, y las comisiones de ultramar serán presididas por el respectivo capitán general de nuestras posesiones de América. A esta noble lucha de los productos agrícolas hispano-americanos, no solamente será invitado el reino de Portugal, sino tambien el imperio del Brasil.

El dia 28 se celebraron en la iglesia de religiosas Trinitarias de esta corte, donde descansan los restos mortales de Miguel Cervantes, las solemnes exequias que la real Academia española dedica á los que cultivaron las letras patrias. La comision encargada de adoptar las disposiciones convenientes para esta solemnidad, la han compuesto los señores marqués de Molins, Catalina, Ferrer del Rio y Necedal. El templo se hallaba cubierto de colgaduras negras orladas de cenefas y borlas doradas. Sobre el modesto túmulo se veian un habito de San Francisco en razon á haber pertenecido Cervantes á la órden tercera, una espada, unos grillos, el único ejemplar de la edicion grande del Quijote que se conserva en el archivo de la Academia, y una corona de laurel. En la entrada estaban colocados tres tarjetones, uno en el centro con esta inscripcion:

« A Miguel Cervantes
y á cuantos cultivaron la literatura patria,
la real Academia española. »

En los tarjetones laterales figuraban los nombres de los académicos siguientes: en el uno los del padre Carasco, Jovellanos, Berquiza, Cienfuegos, Melendez, Bajar, La Roca, Burgos; en el otro los del marqués de Santa Cruz, Montiano, Rios, Silva, Clemencin, Fernandez Navarrete, Arrieta, Quintana.

Si mal no recuerdo, en mi anterior revista prometí á mis lectores confiarles el misterio de la vida penitente de los dos famosos hermanos.

¿Cuál es su falta? preguntamos.

Hé aquí la respuesta de esta pregunta. Su falta es un crimen espantoso, pero el arrepentimiento los reconcilia con la sociedad.

Los dos fraguaron el proyecto de viajar por el mundo, y para proporcionarse recursos forzaron el arca donde su madre, mujer avara, encerraba el dinero. La pobre madre, al notar la falta, se murió de pesadumbre, los hijos conocieron que eran sus asesinos, y profundamente impresionados, lloraron al pié de la tumba de la autora de sus dias, hicieron voto de pobreza y se encaminaron á Roma.

Hoy se sabe en Madrid su historia, y todos los respetan y los compadecen.

JUAN DE MADRID.

Madrid 30 de abril de 1862.

Concurso internacional de ganados en Poissy (Francia).

El concurso anual de reses de carnicería que desde 1844 tiene lugar en Poissy el dia de sábado santo, presentaba este año una importancia que no habia ofrecido hacia tiempo. En primer lugar, era internacional. Los extranjeros, al menos los ingleses, habian sido invitados á él, y seguramente no era el menor de los atractivos de aquella reunion agrícola el poder consignar los progresos hechos por los ganaderos franceses en una via bastante nueva aun para ellos, pues se puede decir que las primeras pruebas no suben á mas de veinte años, periodo cortísimo cuando se trata de agricultura.

El catálogo contenia 621 números, de ellos 93 correspondientes á la Gran Bretaña, y 528 á la Francia y á la Argelia. Inglaterra tenia en el número total 57 cabezas de ganado vacuno, 13 lotes de carneros y 23 animales de la especie porcuna. La Francia por su parte

estaba representada por 341 animales de ganado vacuno, 18 terneras, 33 lotes de carneros y 132 porcunos, sin comprender algunos animales fuera de concurso.

En la parte inglesa, los bueyes de raza Durham pura faltaban casi completamente; pero en cambio, las vacas presentaban muestras muy notables. Sin embargo, debemos decir que en masa, los devon y los hereford parecian superiores. Las vacas principalmente, eran de una perfecta regularidad de formas, de buenas carnes, en suma, de una configuracion inmejorable; pero los honores del concurso fueron para la raza sin cuernos de Angus (Aberdeen and Angus polled breed). En efecto, era difícil ver animales mas hermosos que los expuestos por M. Mac Combie, de Tillyfour. M. Mac Combie es no solamente uno de los ganaderos mas distinguidos de la Gran Bretaña, sino uno de los que han estudiado mas los mejores métodos de alimentacion, y que han llegado á practicarlos del modo mas económico. Por eso no es de extrañar que se llevara el premio de honor de las razas vacunas, premio que ha sido fundado por el principe Alberto.

Esa raza angus tan bien configurada, tan productora de carne, tiene otra ventaja mas, y es que se cruza perfectamente con las demas razas. Hemos observado que casi todos los cruzamientos durham, que se veian en Poissy en la parte inglesa, habian sido obtenidos con la raza de Angus ó de Aberdeen.

En la exposicion del ganado lanar, los carneros de vellón largo eran los mas numerosos, lo que puede explicarse por la preferencia de los ingleses hacia esa lana, avidamente buscada para los hilados. En la seccion francesa tambien era notable esa parte del concurso, y probaba evidentemente los progresos que se han hecho en varias de las razas menudas. La raza porcuna de los ingleses no tiene igual. Las razas francesas necesitan una disminucion en los huesos demasiado macizos, una configuracion mas regular, lo que solo puede lograrse mediante una infusion inteligente de la sangre extranjera.

El examen de este concurso nos ha permitido observar una vez mas la influencia del cruzamiento durham sobre la produccion de la carne. Así como la introduccion de la raza durham puede tener fatales consecuencias cuando se busca ante todo la produccion de leche y manteca, así tambien cuando se trata de la carne no puede ser mas oportuna. Se obtiene una precocidad incontestable que se ha evidenciado este año por los triunfos que han obtenido en la primera division los bueyes hasta los cuatro años, y que casi todos tenian sangre durham. En la décima categoria (cruzamientos diversos), la mayoría de los laureados, tanto en los bueyes de menos de cuatro años como entre los que habian pasado de esta edad, tenian sangre durham. Lo mismo las vacas.

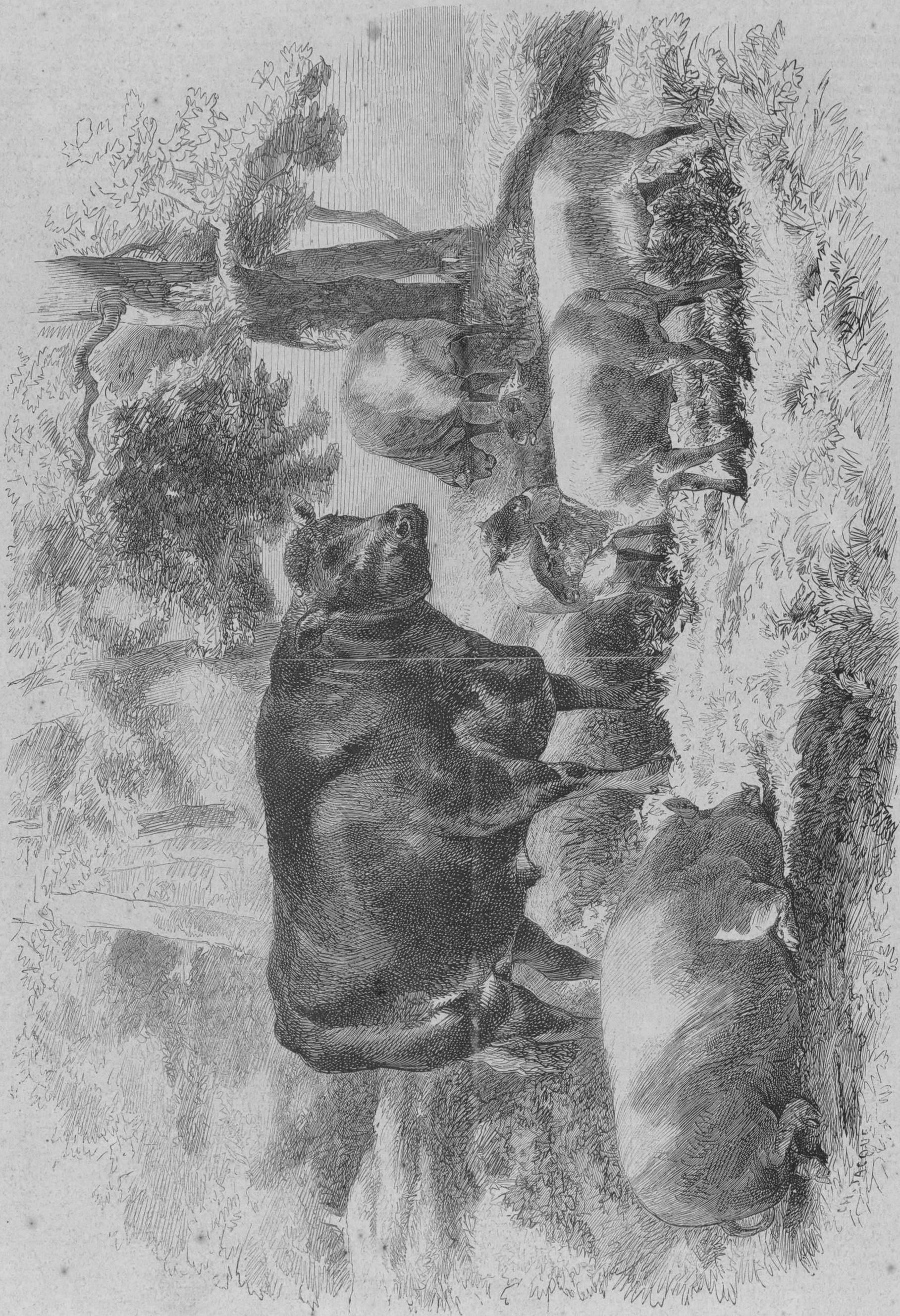
Entre los animales de raza pura se distinguian sobre todo los charoleses, los salers y los limosinos. Los primeros llevaban la ventaja en punto á precocidad, y las otras dos razas probaban por su buen estado que podian trabajar sin perder su aptitud para engordar. Los normandos, aunque notables por su corpulencia, dejaban que desear. En general, se podia decir de la mayor parte de ellos que estaban mas bien alimentados que cebados. En las razas menudas se distinguian los landeses y los bretones, y sobre todo, unos bueyecitos argelinos criados en las cercanias de Philippeville, vivos y bien configurados, y que obtuvieron tambien su parte en las recompensas. Su peso era de 480 á 485 kilogramos. Los salers han merecido el primer premio, pero los charoleses han tenido dos y una mencion honorífica. En esta seccion, los animales de raza pura y los cruzamientos durham se han colocado; digamoslo así, sobre el pié de la igualdad. Los conteses de raza pura han luchado valerosamente contra los durham bretones, charoleses y normandos, y se han llevado la victoria.

No habia mas que dos bandas de vacas: una de ellas se componia de durham normandas de una excelente configuracion, y en buen estado de gordura. La de mas edad no pasaba de siete años, y el peso bruto era por término medio de 825 kilogramos. La segunda estaba formada de west-highland bretonas, resultado de un cruzamiento nuevo probado por la princesa Bacciochi en su propiedad del Bignan (Morbihan). Mas jóvenes que las durham normandas, estas vacas tenian por término medio un peso de 390 kilogramos. Esta tentativa interesada bajo mas de un concepto, ha demostrado desde el principio todo el partido que se podia sacar de esa raza poco conocida en Francia, pero sobria y que produce una carne delicadísima.

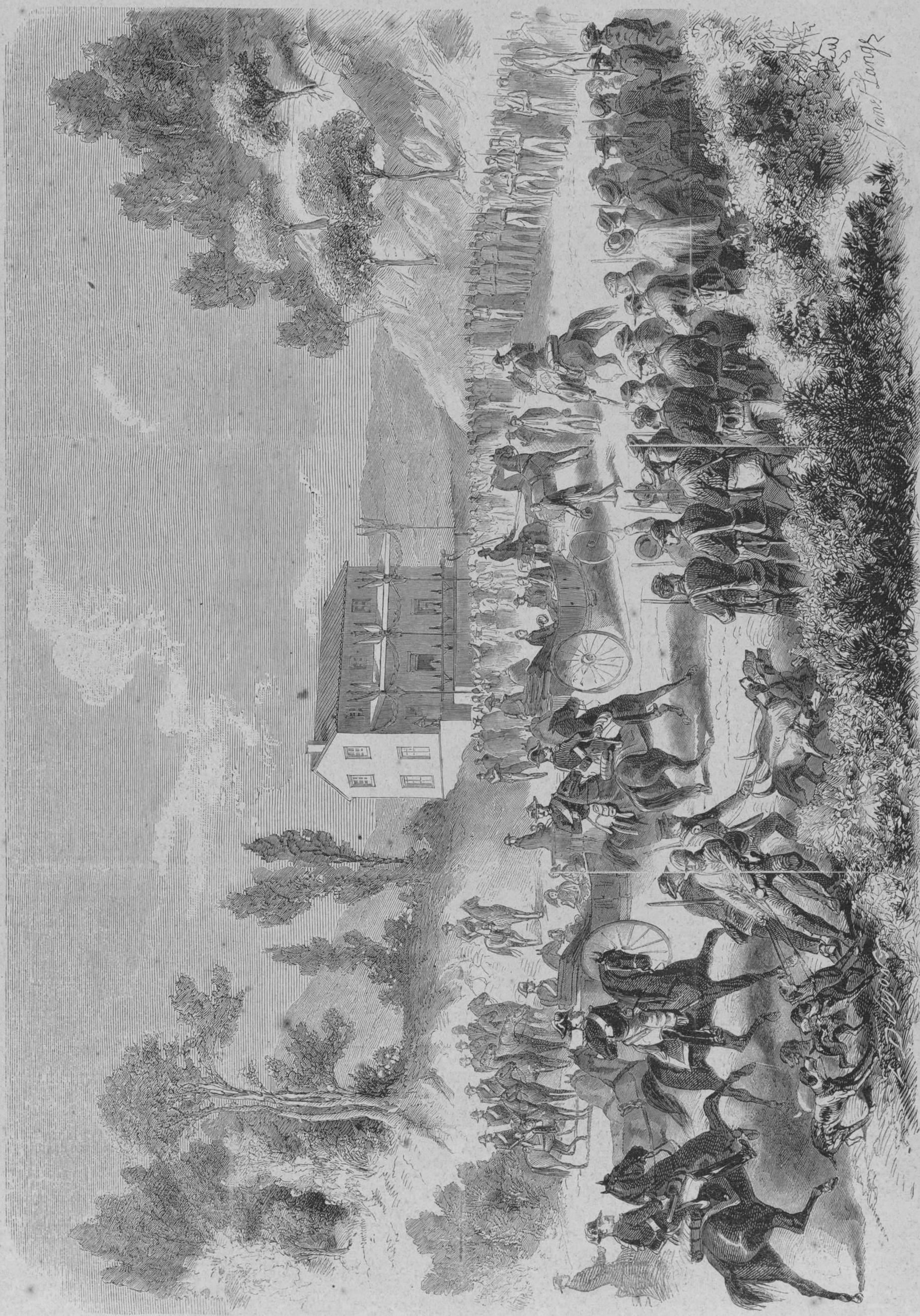
La Argelia estaba tambien representada por carneros revestidos de una lana espesa, pero muy dura. Los dishley artesanos y los dishley merinos sostuvieron su antigua reputacion. A su lado se vieron lotes de carneros vandeanos, que aunque un poco altos de piernas, acusaban un buen estado de gordura. Sin embargo, los triunfos en esta categoria han sido para los south-downs berrichones; la experiencia demuestra hoy que el south-down está llamado á regenerar las razas del centro de la Francia. Su sobriedad le permite vivir allí donde el dishley y el leicester encuentran apenas que comer. Además, comunica mayor precocidad á los productos salidos de ese cruzamiento.

La raza porcuna, muy numerosa, ofrecia todas las combinaciones posibles. Los cruzamientos mas notables son de middlessex y craoneses. En las razas menudas la influencia de los herkshire se advertia favorablemente.

En suma, este concurso de 1862 ha puesto en evidencia todas las ventajas de la raza durham.



Animales premiados en el concurso internacional de Poissy.



Batida de jabalíes hecha por S. A. R. el príncipe Oscar de Suecia en el bosque del Esterel. — Punto de reunion en la casa del guarda.

Batida de jabalies

HECHA POR S. A. R. EL PRINCIPE OSCAR DE SUECIA, EN LOS MONTES DEL ESTEREL.

El 10 de abril á punto de salir de Niza para dirigirse á Estokolmo, S. A. R. el príncipe Oscar de Suecia tuvo á bien aceptar el convite que le habia hecho el marqués de Fleury, prefecto del departamento del Var, para asistir á una batida de jabalies que debia efectuarse en los montes del Esterel.

El 11 muy temprano, el príncipe acudia á la cita dada á las ocho en la casa del guardabosque, donde se hallaban reunidos ya mas de doscientos cazadores.

Recibido con grandes vitores, S. A. se apeó del coche, y despues de haber dado gracias afectuosamente por aquella entusiasta acogida, almorzó bajo la tienda que habian levantado delante de la habitacion del guarda.

Despues del almuerzo, el príncipe acompañado del marqués de Fleury, de algunos cazadores de la localidad y de varios guardas, penetró en los bosques, donde al cabo de una marcha bastante larga y al través de un terreno difícil, se dió á las diez la señal de la batida.

Entonces los gritos de los ojeadores, los sonidos de las trompas de caza, los disparos y los ladridos de los perros desembosaron á algunos jabalies, que sin embargo lograron escaparse.

Ordenada la señal de la reunion, el príncipe volvió á su tienda, donde le esperaba una comida que le ofrecia el prefecto del departamento del Var. Durante el banquete se oyeron unos tiros, y al punto gritaron por todas partes: — ¡Un jabali!... En efecto, los cazadores de San Rafael traian un jabali muerto. Su vencedor, M. Roux, maestro de escuela en Frejus, marchaba á la cabeza, y fué felicitado por el príncipe, que le hizo el honor de admitirle en su mesa.

Despues tuvo lugar una segunda batida, á la cual asistió S. A. á pesar de lo avanzado de la hora; pero aunque tambien se señalaron algunos jabalies, fué tan infructuosa como la primera.

Su Alteza se despidió, llevándose el jabali muerto por M. Roux, y que habia tenido á bien aceptar.

Esta fiesta, inspirada por el marqués de Fleury, prefecto del departamento del Var, habia sido organizada por los guardas generales de Frejus y de Draguignan, secundados por los guardabosques y las autoridades locales.

L.

Revista de Paris.

Paris está disfrutando en la actualidad de un estío anticipado que la población aprovecha ansiosa, como si temiera que á estos calores tropicales hubieran de suceder esas lluvias perennes que suelen trasformar la temporada de verano en un otoño frío y nebuloso. Con razon ha dicho Victor Hugo que los parisienses celebran un día de sol tanto como un domingo. Toda la semana que acaba de transcurrir, los paseos, los sitios públicos, las fiestas al aire libre han tenido una inmensa concurrencia. Ya no se habla mas que de campo, de viajes, y sobre todo de la Exposición de Londres, cuya visita es un deseo general difundido en todas las clases. Solo un motivo tan poderoso puede animar á los extranjeros á visitar la capital de Inglaterra. ¿En qué consiste pues, que cuando todo el mundo tiene deseos de venir á Paris, hay tan pocos que desean conocer Londres? Los mismos ingleses nos lo van á declarar por conducto de su órgano periodístico mas acreditado, que en forma de reflexiones dirige á sus compatriotas los siguientes consejos que no deben echar en saco roto.

« Para muchos de nuestros compatriotas, dice el diario inglés, una afluencia considerable de extranjeros es exactamente la misma cosa que la llegada de un banco de sardinas ó de unos cuantos ballenatos; todo lo que se creen en el deber de hacer es salir con barcos, redes, arpones y cuchillos para asegurar una pesca tan fructuosa. Hay otros en quienes se manifiesta la nacionalidad isleña bajo un modo distinto. Para ellos todo extranjero es un salvaje ó un insensato; tiene el aire ridiculo, la vestidura extraña, y en cuanto á su derecho para hollar con su planta el territorio inglés, es cosa cuestionable. — ¿Qué podemos hacer para atenuar las dificultades y los enojos que nos hemos creado y que provienen de nuestro carácter celoso y exclusivo? La mas sencilla urbanidad puede hacer mucho. Cuando un extranjero pregunte por dónde se va á la Exposición, tomaos el trabajo de darle explicaciones, á fin de facilitarle el camino que no conoce como vosotros conocéis. Si veis que un francés está disputando con un cochero en medio de un corro de gente, ofrecedle vuestros servicios como intérprete, y buscad un policeman. Si se presenta en vuestra casa provisto de una carta de recomendación un extranjero de quien nunca habeis oído hablar, conversad con él y dadle algunas noticias, aun cuando supusierais que no es un ángel disfrazado de hombre, pues probablemente tampoco lo sois vos. Si cada cual pone un poco de su parte, no le será difícil á la metrópoli el llenar los deberes de la hospitalidad durante la Exposición, aun cuando tenga que habérselas con cien mil extranjeros. Las corporaciones públicas, así como aquellas personas que tienen á su cuidado las exposiciones, los museos, las colecciones y los edificios notables de la capital pueden hacer mas todavía... A medida que una nacion adelanta, su círculo debe engrandecerse. »

Hé ahí un bonito párrafo que se podia titular: « Los ingleses pintados por sí mismos. » En Paris tambien el extranjero se halla sujeto á esa explotación que traza con tan vivos colores el diario británico; pero justo es decir que los explotadores forman una porción muy reducida en la masa general, así como

la falta de urbanidad y consideraciones con los extranjeros no es achaque de que se pueda culpar á los parisienses. Lo que hay que temer aquí sobre todo, es la maña que se dan ciertos industriales para seducir á su víctima con pruebas de desinterés que vienen á tener el desenlace mas contrario á las tales pruebas. Dígalo si no esta historieta de la semana:

Hace como tres años llegó á Paris un joven americano perteneciente á una familia muy rica, y en su consecuencia bien provisto de numerario, que es la mejor recomendación que se puede traer á esta y á todas las ciudades. En el hotel donde se hospedó, fué naturalmente el objeto de todas las atenciones y cuidados que se prodigan á los personajes de su especie.

Al cabo de algunas semanas su cuenta se elevó á 20,000 francos, suma que satisfizo sin hacer la menor observación acerca de la carestía de la casa que habia elegido. Un hombre que paga en el acto 20,000 francos con la sonrisa en la boca, infunde á un fondista mas que respeto, le inspira una de esas amistades profundas, inalterables, y que solo se acaban con la vida.

El americano fué gastando sin reparar, y tanto gastó que un día echó de ver que se le habian concluido los fondos. Tomó dinero prestado, no pudo pagar al vencimiento, y fué encerrado en Clichy, adonde llevan á todos los que se encuentran en su apuro.

Hé aquí una ocasion propicia para que el hotelero manifieste su amistad. Efectivamente, otro en su lugar habria abandonado al amigo en su desgracia, pero él por el contrario, se muestra mas obsequioso que nunca, y en tanto que un bárbaro acreedor tiene á su huésped en la cárcel, consiente en fiarle su manutención, y le lleva comidas opíparas que no bajan cada día de ochenta á cien francos.

Semejante desinterés, tan propio para distraer las pesadumbres de la cautividad, no puede ensalzarse con palabras.

Por fin el americano recibió fondos para pagar al implacable acreedor, y ya estaba á punto de salir de la cárcel, cuando hé aquí que un nuevo reclamante le detiene, y este no es otro que su íntimo amigo, el fondista, que mientras le prodigaba los tesoros mas refinados de sus cocinas, habia tenido la atención de presentar al tribunal su cuentecita, que se elevaba á la módica suma de 13,000 francos. ¿Se puede obrar en el mundo con mas delicadeza?

El joven americano no tenia dinero suficiente para pagar y ya el hotelero se disponia á suministrarle nuevos banquetes, cuando M. Vandebroek, banquero y amigo de la familia, consignó en depósito la cantidad de 13,000 francos para que pudiese salir á la calle su protegido, pero declaró al mismo tiempo que no reconocia el total de aquella deuda, y que no pagaria al consabido amigo, sino despues que decidiera en el asunto la justicia.

De aquí un pleito á cuyo beneficio hemos podido saber los detalles que anteceden, y que han dado por resultado una reducción de 9,000 francos en las cuentas galanas del amigo.

¿Qué piensan nuestros lectores de este rasgo de desinterés nacido en la mente de un posadero? En disculpa de esta interesante clase de ciudadanos que mas ó menos se creen en todo el mundo con la mision de desollar al prójimo, solo se puede decir que tambien reciben á su vez sendos petardos, como el que vamos á contar seguidamente.

El juéves último, una inglesa del condado de Norfolk se hospedaba en un hotel de la calle Grenelle Saint-Honoré, en compañía de un individuo que parecia ser su esposo. Tomaron una buena habitacion, pidieron una exquisita cena, y luego se acostaron despues de haber dicho que sus equipajes no volverian hasta el día siguiente.

A la otra mañana el inglés se disponia á salir, cuando el dueño del establecimiento le detuvo, manifestándole que haria bien en pagar su gasto, ya que carecia de efectos que respondieran de él.

— Pues justamente, exclamó el viajero, voy á buscar mis cofres para satisfacer la cuenta. Tengo intencion de permanecer aquí algun tiempo, y además, quedándose en casa la señora, ¿qué puede Vd. temer?

Estas palabras pronunciadas con entereza persuadieron al fondista, que acabó por dejar salir al personaje, y poco despues un mozo apareció con un baul muy pesado dirigido al isleño. Su peso era tan considerable, que costó mucho subirle hasta la habitacion, y como esta circunstancia despertara sospechas en el posadero, se apresuró á decir á la señora:

— Ahora que ha llegado el equipaje, me hará Vd. el favor de pagarme mi cuenta.

— ¡Oh! No, señor, respondió la dama.

— ¿Y por qué motivo?

— Porque yo no doy dinero jamás cuando mi esposo no se halla presente.

Esta respuesta confirmó los recelos de nuestro hombre, quien se fué á dar parte al comisario de policia de su barrio. Por providencia de este magistrado se abrió el cofre con la llave que presentó su dueña, y en su interior se halló una coleccion de piedras envueltas cuidadosamente en periódicos viejos.

La propietaria de este tesoro fué llevada á la cárcel, donde queda á la disposicion de la justicia esperando á su cómplice.

Ya que hablamos de estafas, cerraremos este capítulo, que podria ser interminable, señalando una que pertenece á un género enteramente nuevo.

Hace algunos meses se habia establecido en los boulevares un horticultor que habia puesto una tienda muy lujosa toda llena de dorados y de luces, jarrones, lámparas y elegantes jardinerías, y en la cual se destacaban aquí y allá las plantas y las flores mas singulares. En ninguna otra parte de Paris se encontraba el surtido de semillas que habia en esta tienda. La gente se detenía ante esta maravillosa exposicion, y como en Paris hay muchos aficionados, nunca faltaba alguno que comprara á precios muy subidos colecciones de semillas y plantas oriundas de todas las partes del globo, á juzgar por sus rótulos latinos.

Ahora bien, en estos últimos dias la tienda se ha cerrado, de resultados de haber descubierto que las famosas plantas y semillas provenian lisa y llanamente de varios departamentos de la Francia, y aun de las cercanías de Paris. Entre las victimas de esta especulacion floral se cuenta un alto personaje que pagó mil francos por un puñado de yerba.

Los periódicos de Lyon han abastecido esta semana á los de Paris de curiosas noticias acerca de un avaro muerto últimamente en aquella ciudad, y que puede pasar por el tipo mas completo de todos ellos.

Llamábase Juan Crepin este individuo original, á quien cabe la gloria de ser el primero entre la gente de su clase.

Su historia se puede resumir en cuatro palabras.

Una vez en posesion de la herencia paterna, se hizo usurero y prestaba, principalmente á la gente pobre, por pocos días y con un rédito crecido; poseia fincas cuyos alquileres cobraba de antemano, y se arreglaba de manera, que al recibir la renta de sus rentas, realizaba el beneficio de sus beneficios. El día de su muerte poseia setenta mil libras de renta, cinco casas en Lyon y otras propiedades.

Juan Crepin no vivia mas que para el dinero. Andaba mal vestido, vivia en una miserable guardilla, y no comia sino lo justo para no morir.

Una vez que cayó enferma su anciana criada, á quien debia todos sus salarios, Juan Crepin la llevó al hospital, y no quiso admitir á nadie en su casa. Deseando simplificar sus gastos culinarios, se resignó á no comer mas que sopa, y para hacerla compraba mendrugos de pan duro en el mercado; los dos ó tres primeros dias de cada semana podía mantenerse así, pero luego protestaba su estómago contra este régimen, y para acallarle, nuestro rico avariento sacaba del armario una botella de aguardiente que procedia de la herencia paterna, y la colocaba junto á la cazuela de sopa, diciendo: — Vamos, calma tu dolor y traga la sopa, pobre amigo mio, que ya beberás luego una copita que te dará ánimo.

Peró una vez engullida, la avaricia del hombre recobraba su imperio, y levantándose volvía á llevar la botella al armario, haciéndose al propio tiempo esta reflexion económica:

— Ya he comido... dejaremos el aguardiente para otro día.

Sin embargo, su criada murió, y Juan Crepin debió regularizar su método. Diariamente salia á comprar por algunos céntimos de queso, pan y algo de tocinería, todo en cantidad suficiente para no morir de hambre. En fin, para señalar un rasgo eminentemente característico, diremos que los papeles en que le daban envueltos estos artículos alimenticios, le servian á pesar de sus manchas, para hacer apuntes, y cuando no estaban demasiado grasientos, para extender recibos de préstamos usurarios.

Dumolard, el execrable asesino de tantas infelices criadas, ha dejado en la clase de las sirvientas una memoria que no se borrará pronto.

En estos últimos dias una muchacha de buen aspecto se hallaba á la puerta de una de las agencias de Paris, buscando acomodo, cuando se la acercó un hombre preguntándole si queria entrar á su servicio.

La muchacha le preguntó cuáles eran sus condiciones, y conviniéndole á ella, le manifestó que estaba dispuesta á aceptarlas.

— No teneis que subir á la agencia, le dijo, yo voy á vuestra casa.

Concluido el trato se citaron para el día siguiente, y la muchacha recibió cinco francos en garantía.

Estos preliminares ofrecian tanta semejanza con los medios que empleaba Dumolard, que cuando la sirvienta contó lo ocurrido á sus amigas, estas exclamaron en coro muy horrorizadas:

— ¡Tonta, no vayas á la cita; ese hombre es un Dumolard!

Y la muchacha convencida de que corria el peligro de ser asesinada en medio de un bosque, resolvió no presentarse al otro día, y entre tanto todas ellas gastaron alegremente los cinco francos del nuevo Dumolard, quien al ver que habia sido engañado, fué á quejarse á la justicia.

Para concluir, hé aquí un quid pro quo geográfico de los mas enornes.

Un oscuro periódico de provincias, muy citado esta vez por los de Paris y hasta por los diarios extranjeros, al recibir por despacho telegráfico la noticia de la batalla de Corinto, anunció á sus lectores la nueva en los siguientes términos:

« A punto de entrar nuestro número en prensa recibimos la importante noticia de haberse dado una gran batalla cerca de Corinto. Esperamos mas pormenores; pero entre tanto, no podemos menos de felicitarnos, pues semejante batalla habrá puesto fin indudablemente á la deplorable lucha entre el rey Othon y la insurreccion. »

No hay necesidad de comentarios.

MARIANO URRABIETA.

De patas en el infierno.

POR DON ANTONIO DE TRUEBA.

I.

Allá arriba, allá arriba en la falda de la montaña, se ve una blanca y hermosa caseria rodeada de viñas y heredades orladas de frutales.

Dios parece haber derramado todos los años su santa bendicion sobre los frutales y las heredades y las viñas, que el trigo y el maíz y la fruta y el vino se cogen allí siempre con abundancia.

Cada vez que los habitantes del valle alzan la vista á la caseria, lágrimas brotan de sus ojos y bendiciones de sus labios.

¿Porqué tales bendiciones y tales lágrimas?

Pronto lo sabremos si prestamos atento oido á la conversacion que llevan Marta y Teresa conforme se dirigen á la fuente que brota en el cañón situado al pié de la montaña entre la caseria y el valle.

Marta es una mujer como de cincuenta años, que en

sus tiempos debe haber tenido buenos bigotes, y Teresa una chica de quince, con unos ojos que dicen soledad tres veces, y una cara que á peso de oro es barata.

Ambas llevan la reluciente herrada de cobre en la cabeza y charlan como cotorras.

— Andemos agudas, dice Marta, que van á dar las doce; pues el sol llega ya á la cornisa del campanario, y aquel condenado á muerte se pone como un pelitre cuando va á comer y no encuentra agua fresca.

— ¡Pues no le digo á Vd. nada mi padre!

Hija, mi marido cuando trabaja para don Mateo, apenas come por el afán de volver pronto á su trabajo.

— Pues haga Vd. cuenta que dos cuartos de lo mismo le sucede á mi padre.

— Es verdad, hija, que todo se lo merece don Mateo, porque mientras él viva, puede decirse que no habrá pobres en el concejo.

— ¡Qué razón tiene Vd. ! Mire Vd. lo que ha hecho con nosotros; el año pasado apenas cogimos grano para la venta, y después de perdonarnos la venta, nos dió grano para la siembra.

— Pues lo mismo ha hecho con nosotros y todos sus inquilinos.

— Cuando ese señor muera, tienen que acompañarle mas ángeles que estrellas hay en el cielo.

— ¡Dios nuestro Señor le conserve mucho tiempo la vida! El día que don Mateo se muera, el cielo se vestirá de gala para recibirle; pero la tierra se vestirá de luto para darle la despedida.

— Decía el domingo el señor cura, que chicos y grandes, todos en este mundo tenemos una mancha en la conciencia; pero yo creo que la conciencia de don Mateo está mas limpia que la plata y el oro, porque ese bendito señor nunca ha tenido mas afán que hacer bien á todo el mundo.

— ¡Dichosa la que se case con él!

— Y que segun decía el otro día á mi padre, cuando se case no buscará á ninguna rica, que se contentará con que sea honrada, bien parecida y mujercita de su casa.

— Pues mira, hija, para eso tú eres á pedir de boca.

— ¡Qué cosas tiene usted!

— Chica, no te pongas colorada por eso, que tú te mereces un rey de España.

— ¡Pues! Don Mateo tan rico y tan bueno y tan guapo se habia de casar conmigo!

— De menos nos hizo Dios, hija. Pues él no te tiene por saco de paja. El otro día estaba yo á la puerta co-siendo, y como es tan llano y tan..... vino á hablarme, cuando en esto que asomas tú, y me dice con aquella cara de risa que tiene siempre:—Allí viene Teresa, que vale mas ella sola que todas las muchachas del concejo juntas.

— ¡Mire Vd. qué burlon!

— Pues aunque lo sea, milagro será que las burlas no se vuelvan veras, con tal que quieras tú...

En estas y las otras, Marta y Teresa llegaron á la fuente.

Teresa, como la buena crianza requería, cedió la vez para llenar á Marta.

El sol de la canícula picaba como las orugas, y la fuente, que quince días antes manaba sogá á sogá, solo manaba ya hilo á hilo.

Al acabarse de llenar la herrada de Marta, sonaron las doce en el campanario de la iglesia parroquial del valle.

— ¡Las doce ya! exclamó Marta sobresaltada. ¡Virgen Santísima, cómo estará aquel cascarrabias cuando yo vuelva á casa! Hija, no te espero, que tú ya sabes el camino, y esto va largo.

Teresa ayudó á Marta á ponerse la herrada en la cabeza, y Marta tomó castaña abajo.

II.

Teresa se sentó á la sombra de un castaño mientras se llenaba su herrada, apoyó el codo en la rodilla y la megilla en la palma de la mano, y se puso á cavilar.

¿Qué era lo que cavilaba?

Vaya Vd. á adivinar qué demontre es lo que cavilan las muchachas casaderas, cuando sin saber porqué ni para qué se quedan como los santos de Francia!

El agua que suena gorda cuando la herrada se va llenando, y de repente trueca la voz de bajo en la de tiple cuando la herrada se llena, dijo á Teresa que ya era hora de plantarse la herrada en la cabeza.

Echó Teresa un ramo de avellano en el agua para que esta no se menease, arreglóse un cabezal de helecho, y trató de ponerse en la cabeza la herrada; pero no alcanzaban á tanto sus fuerzas.

Por segunda vez habia tratado inútilmente de ponerse la herrada encima, y con los esfuerzos estaba coloradita como un clavel.

Púsose á mirar si por allí habia alguien que fuese á echar una mano, cuando cate usted que ve á don Mateo que bajaba por el castaño cantando bajito, y con aquella cara de pascua que usaba todos los días.

Hermosa era el alma de don Mateo si hemos de creer la conversacion que nos hemos tomado la libertad de escuchar á Marta y á Teresa; pero el cuerpo nada tenia que envidiar al alma, sino lo que siempre tiene que envidiar el barro que es la materia, á la luz que es el espíritu.

Don Mateo era un prozo como de veinte y cinco años, de aquellos con quienes sueñan las muchachas que tienen la santa intuición de la buena esposa y la buena madre.

— Mas vale llegar á tiempo que rondar un año.

— Hagame Vd. el favor de echar aquí una mano.

— El alma y la vida echaria yo á tus piés.

— Ande Vd., burlon.

— No hay burlas que valgan.

— ¡A cuantas habra dicho Vd. esas cosas!

— Teresa, hablemos con formalidad, que hace días deseaba cogerte sola para eso, dijo don Mateo dejando el tono chancero que hasta entonces habia usado.

Teresa inclinó los ojos al suelo, aumentándose el color de sus freccas, sonrosadas y hermosas megillas, y ya no pensó en la herrada, ni en que su padre esperaba el agua fresca.

— Yo, continuó don Mateo, soy rico, y á pesar de eso no soy feliz, porque me falta algo.

— ¿Pues qué le falta á usted?

— Un corazon que me quiera.

— No hay en el concejo quien no le quiera á usted.

— Mucho me consuela eso; pero no me basta.

— No le entiendo á usted.

— Teresa, esa sonrisa y ese rubor con que me dices eso prueban que me entiendes; pero aunque me entiendas quiero hablarte mas claro. Cuando la tarde declina, cuando el silencio comienza á reinar en el valle y el sol se oculta tristemente tras los montes lejanos, cuando suena el toque de oraciones y cuando veo al labrador abandonar los campos para volver á su hogar, donde llenos de amor le esperan su mujer y sus hijos, siento en mi corazon una tristeza inmensa, que solo puedo explicar diciendo que se parece al deseo de hallar un alma que se comunice y se confunda con la mia. Cuando recorro los campos esmaltados de flores, cuando bajo por las sombrías y verdes arboledas, cuando los pájaros cantan, cuando el cielo está azul y sereno, cuando todo se anima y embellece con la venida de la primavera, siento la misma tristeza; la misma ansia, el mismo deseo cuando el sol se pone. ¿Comprendes, Teresa, qué sentimiento es este que en vano trato de explicar?

— Yo no sé decir las cosas como Vd.; pero de sobra entiendo lo que es eso.

— ¿Qué es, Teresa?

— Toma, que ha de ser, que cuando una es joven...

— Tiene necesidad de amar, ¿no es eso?

Teresa se puso aun mas coloradita que estaba, y se sonrió como diciendo: «Esa es la madre del cordero.»

— Pues bien, continuó don Mateo, tú puedes llenar el vacío que hay en mi corazon.

— Mire Vd. que soy muy pobre...

— Pero yo soy muy rico. ¿Quieres darme tu amor por mi amor y mis riquezas?

— Yo... si mi padre quiere...

Don Mateo, que no tenía pelo de tonto, conoció que hacer mas preguntas sobre si Teresa le queria ó dejaba de quererle, era ya moler.

Una muchacha que iba por agua apareció bajo los castaños que precedían á la fuente, y don Mateo se apresuró á ayudar á Teresa á ponerse en la cabeza la herrada.

— Mañana mismo hablaré á tu padre, dijo por lo bajo á Teresa.

— Bueno, contestó esta llegando al encarnado rabioso sus colores.

A la muchacha que llegaba á la fuente, le llamó la atencion lo colorada que estaba Teresa; pero y ¿á quien le habia de ocurrir sospechar picardía alguna en Teresa ni en don Mateo?

¿Le gustaba á Teresa la conversacion que habia tenido con don Mateo en la fuente?

Lo único que consigna la historia es que á Teresa le bailaban los ojillos de alegría cuando llegó á casa, y que toda la tarde se la pasó cantando y mirando hácia la casería de la falda de la montaña.

Al día siguiente se presentó don Mateo al padre de Teresa, que estaba trabajando en una heredad.

— Buenos días, Santiago.

— Señor don Mateo, ¿Vd. por aquí!

— Sí, señor, voy á ver si cierro el ajuste del palacio del Indiano.

— ¿Qué, se va Vd. á bajar á vivir en él?

— No, señor, voy á establecer en él un hospital para los pobres del concejo.

— Bien haya Vd., ¡que despues de Dios es el consuelo y el amparo de los pobres!... ¡Tiene Vd. que ser mas feliz!...

— En su mano de Vd. está el que lo sea.

— ¡En mi mano! ¿Cómo?

— Concediéndome la de Teresa.

— ¡Qué bromista es Vd., señor don Mateo!

— No es broma, Santiago. Mas de una vez me ha oido usted decir que si llegaba á casarme habia de ser con una muchacha pobre, bien parecida y honrada.

— Sí que se lo he oido á Vd.

— Pues bien; ninguna como su hija de Vd.

— Pero señor don Mateo, mire Vd. que mi hija... Honrada á carta cabal si lo es, pero...

— No hay pero que valga. ¿Quiere Vd. ser mi padre?

— ¡No he de querer, señor don Mateo! Vamos, ¡si parece un sueño!... si... ¡A mi me va á dar algo con la alegría!... ¡Bendito sea Dios que le da á uno, al cabo de tantos años y tantos trabajos, lo que ni por sueño podia esperar!

Y Santiago lloraba de gozo.

Don Mateo procuró convencerle de que ni él ni su hija le debian agradecimiento, porque Teresa valia mas que todos sus millones, pero no lo pudo conseguir.

Aquella noche apenas habia ya en el valle quien no supiese con asombro que don Mateo se casaba con Teresa, porque Santiago, loco de alegría, se lo habia con-

tado á todos, y don Mateo no se lo habia negado á nadie.

III.

Medio año hacia que don Mateo habia pedido á Santiago la mano de Teresa, y Teresa estaba soltera aun.

Sin embargo, don Mateo estaba cada vez mas firme en su propósito de casarse con Teresa.

Si falta habia en que no se hubiese casado ya, su falta era muy disculpable. Don Mateo andaba hacia medio año ocupadísimo en dos obras muy importantes y santas, que eran la fundacion de un hospital y la restauracion de la iglesia parroquial del valle.

Don Mateo queria añadir á las satisfacciones que experimentase el día de su casamiento, la de haber terminado aquellas dos obras, y particularmente deseaba que el templo restaurado á su costa se abriese nuevamente al culto con la celebracion de su casamiento con Teresa.

A pesar de esto, el vulgo empezaba á murmurar, porque el vulgo no comprende la lógica de ciertas almas, dadas á lo que podremos llamar supersticion de la poesia.

Poetas del corazon, que así llamo yo á los que aman los recuerdos y se enamoran de la belleza moral, hagan versos ó no los hagan, subid á la montaña un día que llueva á cantaros y decid al vulgo que habeis subido por tener el consuelo de rezar y llorar al pié del árbol donde una mujer que os arrebaló la muerte os dijo en tal día y en tal año que os amaba. Vereis qué carcajada suelta el vulgo, comprendiendo solamente que sin porqué ni para qué os habeis puesto como una sopa.

Necesario es confesar que el vulgo que murmuraba de don Mateo no iba del todo descaminado.

Oigamos cuales eran sus murmuraciones.

— Pero chica, decía Marta á Teresa yendo otro día á la fuente del castañar, ahora que estamos solas hablemos un poco de tu boda que parece el cuento de nunca acabar. ¿Sabes que yo nunca hubiera creído de don Mateo lo que está pasando?

— Pero si no pasa nada malo...

— Ni tampoco nada bueno. ¿Te parece justo que don Mateo no se haya casado aun contigo al cabo de mas de medio año que ha pasado desde que te pidió á tu padre?

— Si no se ha casado aun, es por un motivo muy santo y muy bueno.

— No digo que no lo sea; ni que de don Mateo ni de tí se deba temer nada que sea contra lo que Dios manda; pero desengañate, los malos pensamientos y las malas lenguas abundan en este mundo, y no falta quien se atreve á decir que don Mateo nunca ha pensado en casarse contigo.

— Pues verá Vd. qué pronto se convencen de lo contrario.

(Se continuará.)

La batalla de Pittsburg.

La batalla de Pittsburg ha sido una de las mas reñidas y sangrientas que se han dado hasta hoy en la lucha fratricida que sostienen los Estados de la antigua Union americana. El 16 de abril los confederados atacaron con fuerzas considerables á los federales en el desembarcadero de Pittsburg, y la batalla duró desde por la mañana hasta el anochecer, repitiéndose al otro día, y terminando, segun los federales, con la derrota completa del enemigo, despues de haber habido grandes pérdidas por ambas partes. Hé aqui, tomados de los periódicos de Nueva York, los primeros pormenores de la batalla.

Pittsburg, via Fort Henry, 9 de abril, á las tres y cuarto de la mañana.

Primer día. — Acaba de darse una de las batallas mas terribles y sangrientas de los tiempos modernos, y la cual ha terminado con la completa derrota del enemigo que nos atacó al amanecer del domingo.

La batalla duró sin intermision todo el día, renovándose al amanecer del lunes, y terminando á las cuatro de la tarde, hora en que el enemigo empezó á retirarse hácia Corinth, perseguido por un cuerpo considerable de caballería.

Las pérdidas han sido inmensas por ambas partes. Nosotros hemos perdido de 18 á 20.000 hombres, entre muertos, heridos y dispersos, y se cree que el enemigo ha perdido de 35 á 40.000.

La confusion que reina en este momento impide averiguar cosa alguna á ciencia cierta, pero procuraré dar una relacion lo mas clara que sea posible, pues me he hallado en lo mas recio de la accion los dos días que ha durado.

La batalla dió principio del modo siguiente: Un destacamento del 25 de Missouri, compuesto de 300 hombres, atacó la vanguardia del enemigo que supusimos era una avanzada que se habia situado enfrente de nuestro campamento.

Los rebeldes avanzaron inmediatamente solo el ala izquierda de la division del general Prontiss, haciendo descarga tras descarga, y sembrando nuestro campamento de balas, bombas y metralla. Nuestras fuerzas formaron en linea acto continuo y contestaron al fuego del enemigo, y cuando nos preparábamos á recibirle, notamos que atacaba nuestro centro izquierdo arrollando nuestra gente, mientras que recibiendo nuevos refuerzos rompía el fuego contra nuestra ala izquierda. El

fuego fué contestado del modo mas terrible por nuestra infanteria y artilleria que ocupaba una linea de mas de cuatro millas.

La division del general Hulburt avanzó para sostener á la del general Sherman, que se hallaba en el centro, y la batalla se hizo todavia mas terrible. Los rebeldes fueron repulsados con enormes pérdidas, pero no tarda-

ron en rehacerse y en arrollar nuevamente á nuestras fuerzas. Desde las nueve de la mañana hasta el anoecer estuvo la batalla indecisa. Los rebeldes dieron pruebas de estar bien disciplinados. A veces atacaban nuestra izquierda al parecer con todas sus fuerzas, y de repente rompian un fuego espantoso y mortifero sobre nuestra derecha y centro. Nuestro fuego mas sostenido

y certero no logró nunca desconcertar sus sólidas columnas. Las descargas de la bateria de Chicago los barria a centenares, pero cuando se disipaba el humo, veiamos ya cubiertos todos los claros.

A la caída de la tarde arreció todavia la pelea. Los rebeldes sabian que si no conseguian derrotarnos entonces, las probabilidades de la victoria serian mas du-

dosas, porque acababan de presentarse á la otra orilla del rio parte de las fuerzas del general Buell, mientras que la otra remontaba el rio desde Savannah.

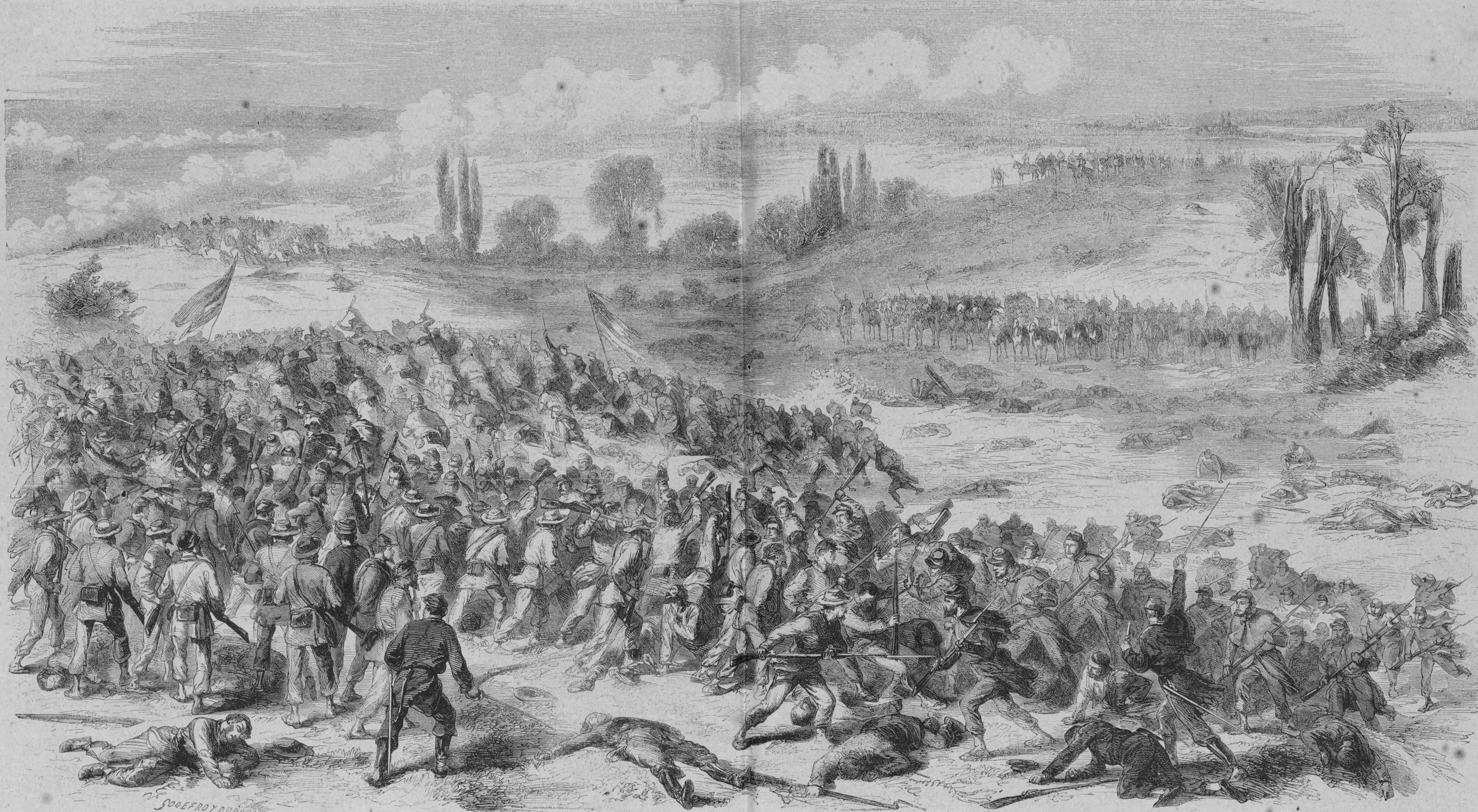
A los cinco de la tarde los rebeldes habian forzado nuestra izquierda y arrolládola, de modo que pudieron ocupar las dos terceras partes de nuestro campamento, y seguir avanzando con la desesperada confianza de

acorrarnos contra el rio, mientras que por otra parte atacaban en masa nuestra derecha.

A esa hora todavia no habiamos recibido refuerzos, porque el general Wallace, habiendo equivocado el camino al salir del desembarcadero de Crump, y no contando con mas trasportes que los necesarios para conducir el almacen, pues todos los demás estaban emplea-

dos en trasportar las tropas del general Buell y las que venian de Savannah, no pudo llegar al campo hasta ya muy entrada la noche. Estábamos por lo tanto peleando muy desigualmente, porque nuestras fuerzas no excedian de 38,000 hombres, mientras que el enemigo contaba con mas de 60,000.

Nuestra situacion era sumamente critica. Grandes



Guerra de América. — La batalla de Pittsburg.

pelotones de soldados atacados del pánico, regimientos enteros arrollados por el enemigo, huian desordenadamente hacia el rio, sin poder rehacerlos. El general Grant y su estado mayor, que sin descansar un momento habian estado recorriendo las lineas durante todo el dia, en medio de un diluvio de balas y metralla, acudieron á todo galope al lugar del peligro, suplicando á nuestra

gente que se mantuviese firme hasta que los refuerzos cruzasen el rio.

El jefe de estado mayor hizo colocar en posicion las piezas de mayor calibre apuntando al enemigo, y mandó establecer otras baterias á lo largo de nuestra linea, desde la orilla del rio hasta la extrema derecha, situada á dos millas y media de distancia. Una hora antes de

anoecer rompimos el fuego con toda nuestra artilleria y fusileria, formando un estruendo cual nunca se ha oido en este continente. Los rebeldes contestaron vigorosa y certeramente durante algun tiempo; pero su fuego no tardó en disminuir á proporcion que aumentaba el nuestro.

Las cañoneras *Lexington* y *Tyler*, que se hallaban á

alguna distancia, hacian caer sobre las hordas rebeldes un diluvio de bombas y balas. Este último esfuerzo era demasiado grande para el enemigo, de modo que cuando cayó la noche, habia cesado casi completamente el fuego, retirándose ambos combatientes á descansar de su obra de sangre y de carniceria.

Nuestras fuerzas descansaron sobre las armas conser-

vando la misma posicion hasta que llegaron las fuerzas del general Wallace y se situaron en la derecha, mientras que las del general Buell y las que habian salido de Savannah entraban en el campo de batalla por el lado opuesto. La derecha de la division del general Nelson formó tambien á nuestra derecha, apoyada á retaguardia por las fuerzas del general Crittenden.

Segundo dia. — La accion principiò al amanecer rompiendo el fuego en el ala izquierda la division del general Nelson, y en la derecha la del general Wallace. La primera avanzó á proporcion que el enemigo se retiraba, y poco despues el fuego se hizo general en toda la linea, causando terribles estragos en los rebeldes. Las divisiones de los generales Mac Clelland, Sherman y

Hulburt, aunque en extremo fatigadas de la batalla del día anterior, sostuvieron los honores que ganaron en el fuerte Donelson, pero la resistencia de los rebeldes fué terrible en toda la línea y digna de mejor causa. Sin embargo, no les fué posible resistir á nuestro indomable valor y al mortífero fuego de nuestra artillería, que los barria como paja arrastrada por el viento.

Conociendo que la derrota daría el golpe mortal á sus esperanzas, y que su suerte dependía de esta gran lucha, sus generales dispusieron dar una nueva embestida, esperando arrollar nuestra derecha y decidir la batalla en su favor. El resultado les fué favorable por algún tiempo, porque principiaron otra vez á ganar terreno, y parecía que habían recibido refuerzos; pero nuestra izquierda, mandada por el general Nelson, los arrolló con increíble rapidez, y á las once de la mañana la división del general Buell les atacó por el flanco haciéndoles abandonar su artillería.

A pesar de esto lograron rehacerse en la izquierda y avanzar, mientras que la derecha daba otra embestida desesperada. En este momento llegaron las divisiones de los generales Wood y Thomas, y reforzando á la del general Buell, lograron rechazar nuevamente al enemigo.

Á las tres de la tarde pasó el general Grant á la izquierda con otra división, y viendo que los rebeldes principiaban á cejar, dispuso que la tropa se dividiese en columnas de cinco regimientos cada una, y dió una carga general en medio de un diluvio de balas y metralla. Los rebeldes huyeron aterrorizados y no volvieron á rehacerse.

El general Buell principió á perseguirlos en su retirada, picándolos la retaguardia, y á las cinco y media de la tarde todo el ejército enemigo se retiraba hacia Corinth, perseguido por nuestra caballería, ignorándose el resultado por no haber regresado esta todavía.

Nos hemos apoderado de gran parte de su artillería y hecho bastantes prisioneros. El enemigo capturó ayer algunos soldados nuestros, entre ellos el general Pronstiss: todavía no se sabe á cuantos ascienden, pero se dice que son bastantes: entre los rebeldes muertos se cuenta el general Albert Sidney Johnston, noticia que ha sido corroborada por los oficiales que hemos hecho prisioneros hoy. También se dice que á Beauregard le llevó un brazo una bala de cañón. Los generales rebeldes Jackson, Bragg y Breckinridge se hallaban hoy al frente de sus divisiones.

Nuestras pérdidas son inmensas, y entre ellas se cuentan muchos jefes y oficiales, pero es imposible averiguar lo que hay de cierto.

(El resto del parte contiene una lista de jefes y oficiales muertos y heridos, y termina elogiando el valor y los esfuerzos hechos por todos los que tomaron parte en esta batalla.)

Hasta aquí las relaciones de los diarios federales; pero ahora debemos añadir que según la prensa contraria, la batalla de Pittsburg fué ganada por los confederados. El general Beauregard, en un despacho dirigido á Richmond, dice que el ejército separatista quedó completamente victorioso; y añade que les hizo 8,000 prisioneros y les quitó 36 cañones, y que para no exponerse á que le atacaran de flanco las tropas del general Buell, volvió á entrar en Corinth, donde está seguro de poder defenderse.

«Sea como quier, dice una correspondencia publicada por el *Moniteur*, la victoria de Pittsburg ha sido celebrada en los Estados del Sur lo mismo que en los del Norte, y ha dado lugar á solemnes acciones de gracias acompañadas de oraciones fúnebres en honor de las víctimas de esa lucha sangrienta. La muerte del general en jefe Albert Sydney Johnston, que murió cargando á los federales á la cabeza de sus tropas, ha inspirado á la prensa del Sur los panegíricos más exaltados, y el congreso de Richmond suspendió sus sesiones un día (el 7 de abril) por respeto á la memoria del mejor de sus oficiales.»

Dos hermanos rivales.

(Continuacion.)

— Esta señorita recita con gusto exquisito, dijo á la de Lussan, examinándola con aire satisfecho.

— Teneis razon, marquesa; y aun creo que ha sido cómica.

Estas palabras hicieron ruborizar á la marquesa, porque fueron pronunciadas en voz bastante alta para que Juana y Teresa las oyesen.

Juana se preparaba á contestar á aquel insulto; pero Teresa la tocó en el brazo, y la suplicó no dijese nada.

— Tales injurias no pueden llegar hasta tí, mi querida niña; únicamente deben enseñarte, que el hábito de frecuentar la alta sociedad y la buena educacion no siempre excluyen los celos y la rabia. Si fueses menos hermosa, Juana, y sobre todo, si los jóvenes no te hubiesen acechado con sus homenajes delante de estas señoras, hubieran sido tan buenas para tí como malas se han mostrado.

Carlos estaba aterrado; Jorge miraba si al lado de aquellas señoras había algún hombre á quien pedir cuenta de aquellas palabras. Sus miradas encontraron únicamente al señor de Saint-Gervais, á quien no podía atacar, no tan solo por su edad, sino también porque parecía reprender á la condesa. Pero no pudo menos de decir mirando á la señora de Lussan:

— No pensaba que hubiese personas bien nacidas que fuesen capaces de abusar de su debilidad para asegurarse la impunidad de sus faltas.

— Este lenguaje es intolerable, dijo la señora de Fierville á la condesa; le hace á una creer que está en la trastienda de un almacén de comestibles.

— Teneis razon, marquesa; creo á fe mia que haríamos bien en abandonar este sitio; se oye aquí un lenguaje muy semejante al de las plazuelas.

— Ya os sigo, ya os sigo, respondió la señora de Fierville, porque si me quedo aquí no tendré un buen ángel que me cubra con sus alas en este nuevo foso de los leones.

Y diciendo estas palabras, la marquesa echó una mirada medio burlona, medio amenazadora á Carlos y á Jorge, que á su vez la miraban con ojos poco simpáticos.

Las señoras de Lussan y de Fierville desaparecieron entre la multitud.

Juana las miró alejarse, sin rencor, porque su corazón no podía abrigarle; pero respondió con energía á sus depreciativas miradas.

Teresa, el ángel de resignacion que ya conocemos, procuraba contener las lágrimas de que tenía llenos los ojos, para no hacer estallar á Juana, cuyo carácter tan violento como bueno y generoso conocía.

Carlos, que todo lo había observado y oído, parecía estar completamente abatido.

Jorge había dejado todo por seguir á las dos señoras, para ver si hablaban con alguna persona que pudiese ofrecerle una reparacion de sus injurias.

Los preludios de la orquesta sacaron á Carlos de la especie de aturdimiento en que estaba sumergido, porque cogió á Juana de la mano y la dijo apresuradamente:

— Juana, siento lo que acaba de suceder tanto como vos misma; pero es necesario que esto no me prive del placer de bailar con vos, como me habeis ofrecido. Juana se vió obligada á acceder á sus instancias, á ocupar un puesto entre las demás parejas.

Pero el baile había perdido para Juana todo su prestigio; así es, que terminada la galop, rehusó cuantas invitaciones la hicieron para bailar de nuevo, bajo el pretexto de una repentina indisposicion.

Los sitios que al marcharse dejaron vacantes las señoras de Fierville y de Lussan, fueron ocupados por dos señoras encantadoras.

Una de ellas era precisamente la autora de los bellos versos que Juana aplaudió tanto.

Aquellas dos señoras habían oído algunas de las indignas frases de las que les habían precedido en aquel sitio, y hablaban de ella.

Juana que las oyó, no pudo menos de darles las gracias por el interés que demostraban por lo que acababa de sucederle.

— ¡Dios mio! Si conociérais mejor á la señora de Lussan, señorita, no os habriais incomodado tanto: cuando reina en un salón es tan amable, como mala se ha mostrado hoy con vos. Es una niña, que la envidia la hace sufrir, que no sabe amar sino á aquellos que la son inferiores ó que la admiran. La señora de Fierville ya es otra cosa. Desde que ha perdido lo que sus contemporáneos llaman aun belleza, se ha hecho tan satírica, que raya en ridícula. La señora de Lussan, con quien habla en este momento, huye casi siempre de ella, porque teme su lengua de víbora.

— ¡Oh, señora! respondió Juana, tenía concebida mejor idea del mundo.

— Yo que no le he frecuentado nunca, repuso Teresa, le creía mas justo.

— ¡Ay de mí! hoy es justo é injusto mañana; los versos que he recitado hace un momento y que parece han merecido la desaprobacion de todos, eran aplaudidos hace ocho días por las mismas personas en casa del señor de Nanty. Los gustos del gran mundo siguen la política. Los que yo he recitado esta noche (no lo digo por su mérito) hubiesen agradado tal á vez á la misma corte; pero los nuevos proyectos del ministerio han paralizado aquí los aplausos que se les hubieran dado allá abajo.

— ¡Oh, señora! sed indulgente y perdonadme; soy muy olvidadiza al hablaros de mí, cuando solo debía hacerlo de vuestros hermosos versos, que tanto placer me han causado.

— Acepto vuestro cumplimento, señorita, porque mientras que recitaba, he visto en vos todo lo que acabais de decirme, y que os dicta sin duda el amor á la poesia.

— Podeis tener el convencimiento, dijo Teresa, de que Juana tiene demasiada nobleza de alma para no adular á aquella á quien no hubiese admirado.

— Dispensadnos, señora; Teresa me ha educado, y erec haberme formado á su imagen; pero no hay nada de eso... Permittedme que estreche vuestra mano, y pensad que todo lo que es bello encuentra eco en las almas puras.

La joven abandonó la mano á Juana, que la llevó á su corazón.

— Decidme vuestro nombre, os lo suplico, añadió, para grabarle eternamente en mi memoria.

— Me llamo Delfina G., respondió la encantadora poetisa, sonriendo al ver la sencilla manera con que la había preguntado su nombre.

El conde de Aignerville, al cual Jorge, cansado de no encontrar persona en quien vengarse, había ido á contar la escena que acababa de tener lugar, venia en busca de Teresa y de Juana para retirarse del baile.

La señora de Griselli que oyó algunas palabras de la

conferencia de Jorge con el conde, y que además estaba enterada de lo que había pasado, siguió á este de cerca.

— ¡Cómo, amiga mia, os han hecho sufrir esta noche! eso no está bien; ¡pero como sois tan linda! Os ruego no hagais caso de las malas palabras que os han dicho; nuestra próxima reunion os vengará de esa niña mimada, á quien llaman la condesa de Lussan.

Después dirigiéndose á la poetisa, que era una de sus amigas, prosiguió:

— Y tú, mi querida Delfina, no te incomodarás por el poco éxito que han tenido tus versos; conoces lo bastante el mundo para juzgarle bien; únicamente te suplico que me los envíes, y yo los recitaré en mi próxima reunion.

Delfina G. la tendió la mano, é hizo una inclinacion de cabeza que quería decir: Tu amistad me es demasiado conocida para saber que me comprendes.

El conde dirigió á su vez algunos cumplimientos á la joven poetisa, y dió el brazo á Teresa.

Juana tomó el de Jorge.

— Ahí teneis; mirad á la señora de Lussan; su cólera ha pasado desde que vuestro hermano la hace la corte; la primera vez que la veais encontrareis en ella á vuestra mejor amiga.

En efecto, Carlos conversaba animadamente con la condesa.

El señor de Saint-Gervais acababa de decirle al oído que estaba en muy buenas relaciones con el ministro de la Guerra.

Saludáronse, y la familia de Aignerville salió del baile.

III.

Las tres acababan de dar cuando el carruaje del conde de Aignerville entraba en el patio de la casa.

Dió á Juana el beso de despedida, estrechó afectuosamente la mano á Teresa, recomendándola se levantase lo mas tarde posible, á fin de que hubiese tiempo de descansar de la fatiga ocasionada por un baile tan largo.

En seguida quedó terminada la toilette de noche, y las doncellas fueron inmediatamente despedidas. Las dos amigas eran felices en aquel momento; se encontraban por fin solas; podían dar á sus almas la expansion de que tanta necesidad tenían.

Teresa había tenido tanto cuidado de dulcificar el carácter exaltado y entusiasta de Juana, que casi podía decir que había hecho de ella una criatura perfecta. Si algunas veces se exaltaba, Teresa discutía con tal resignacion, que como un reflujo celeste, inundaba el corazón de la joven.

Nunca se habían separado; así es, que tenían una misma habitacion.

Había dos camas en la alcoba, y Teresa nunca se acostaba sino después de dejar á Juana en la cama y prodigarla todos los cuidados, como hubiera podido hacerlo una tierna madre.

En efecto, ¿no era Juana su hija? hija de adopcion, es verdad; pero había tanto amor en el corazón de Teresa, que su existencia entera estaba encerrada en esta sola palabra: « ¡Amar! »

— ¡Pobre niña! dijo Teresa á Juana estrechándola contra su pecho y besando sus cabellos: ¡mucho has sufrido esta noche!

— Es verdad, respondió Juana; pero ya empiezo á consolarme: ¿qué me importa la opinion de un mundo tan caprichoso y tan malvado? ¿qué la opinion de esas dos orgullosas mujeres que nos han insultado? ¿No somos felices aquí las dos? Yo creo que si debe quedarme un recuerdo triste de este baile, no es por lo que me concierne personalmente, sino por lo que ha dicho de tí, mi querida Teresa; de tí tan buena, tan noble y tan pura.

— No te atormentes nunca por mí, Juana, porque mi corazón, habituado al sufrimiento, se conmueve poco por lo que me sucede.

— Y yo, pobre niña, sin nombre, ¿qué otra cosa podía esperar de una sociedad que se cree con derecho á arrojar el desprecio sobre el primero que se revela contra sus preocupaciones? Desde que he visto el mundo, desde esta noche, se ha despertado en mi imaginacion una idea que me persigue como un fantasma. ¿No se avergonzará Jorge de enlazarse con una mujer cuya familia es desconocida, con una mujer de quien se burla ese mundo adonde su nombre le llama á vivir?

— ¡Jorge avergonzarse de tí, Juana mia! Desecha semejante idea; Jorge, que te ama como yo amo á Dios, y á quien conozco como una madre conoce á su hijo adorado, no tiene mas que un pensamiento, y ese es el de tu felicidad. Puedes estar tranquila, amiga mia; su amor es superior á las preocupaciones del vulgo; tiene, por decirlo así, algo de la fe con que el marino se encomienda á la Virgen en un día de peligro.

— Gracias, Teresa, gracias; tus palabras me devuelven el valor y la tranquilidad.

Quedóse pensativa un momento, y añadió:

— Es necesario que te haga una confianza.

— ¡Una confianza! Habla, Juana, habla pronto.

— Te lo diré en muy pocas palabras, Teresa; tengo miedo de Carlos.

— Hace tiempo que esperaba oír lo que acabas de decir: te diré mas aun: desde su regreso de Africa, le veo con dolor aproximarse á tí. ¿Te ha declarado su amor?

— No; pero un día me dijo que Jorge era muy feliz, porque estaba constantemente á mi lado; y esta noche en el baile me ha hecho temblar.

— ¡Dios mio! ¿qué es lo que ha podido decirte?
— Nada que no fuese muy amable; pero sus miradas me han aterrado.
— ¡Ay de mí! pensé Teresa, tiemblo doblemente, porque conozco su orgullo, y tengo la evidencia de que no puede pensar nunca en una alianza con Juana.
Después prosiguió en voz alta:
— Pues que nada te ha dicho, hija mía, no debes alarmarte; además, sabe el amor que te profesa Jorge; el conde se lo repetía antes de ayer.
Teresa pronunció estas palabras con una voz tan turbada y doliente, que Juana no se tranquilizó por completo.

Lo avanzado de la hora obligó á las dos amigas á suspender una conversacion que tanto les interesaba, pero que les era tan penosa por el giro que habia tomado.

Abrazáronse por última vez, y se durmieron bajo la impresion de pensamientos muy diversos. Juana, que apenas habia salido de la infancia, pensando en Jorge; y Teresa, jóven aun, pero abatida por una vida de dolor, temiendo los disgustos que podria ocasionar á su hija adoptiva el amor de Carlos, cuyos impulsos egoistas y absolutos temia.

IV.

Cuando se despertaron era ya muy de día.

Teresa se levantó la primera y fué á abrazar á Juana, que salió del lecho inmediatamente. Ya era tiempo, porque la campana llamaba á almorzar.

Cuando entraron en el comedor estaban en él Carlos y el conde.

El señor de Aignerville cogió de la mano á Teresa y la acompañó á su sitio, preguntándole si habia descansado.

— Perfectamente, señor conde, respondió Teresa, aun cuando sus ojos algo cargados indicaban lo penoso y agitado que habia sido su sueño.

Carlos se adelantó hacia Juana haciendo vanos esfuerzos por parecer alegre; su mal humor se manifestaba por el fruncimiento de las cejas, y por una extraordinaria contraccion de labios.

Carlos amaba á Juana tal vez mas de lo que él mismo pensaba; pero este amor combatia incesantemente con su increíble orgullo, sin que nunca le fuese dado vencerle. Aquel orgullo se sublevaba sobre todo, pensando que su hermano era amado por la mujer, á la cual, por todo lo que hay en el mundo, hubiera querido hacer compartir la pasion que le torturaba. No era cobarde; pero la imposibilidad de batirse ó de quejarse, le hizo imaginar una indigna venganza contra su hermano ausente. Venganza moral, es verdad; pero mas peligrosa y mas baja por esta misma causa.

Contó á su padre que Jorge habia podido la noche anterior perjudicarlo en sus ascensos en el ejército, publicando opiniones subversivas delante de la condesa de Lussan, que todos sabian era intima amiga de la señora de Navarreins.

Todo esto fué dicho mirando á Juana, á quien hubiese querido ver tomar la defensa de su hermano.

Juana permaneció callada contra su gusto.
— Ya que sabias, respondió el señor de Aignerville á la especie de acusacion dirigida contra Jorge, que la señora de Lussan era amiga de la señora de Navarreins, ¿porqué no se lo advertiste á tu hermano? Yo estoy seguro de que él no hubiese dicho ni una sola palabra que pudiera comprometerte.

— Haced mal en alarmaros así, Carlos, dijo Teresa que creyó deber acudir á defender á Jorge; la condesa de Lussan estaba muy amable con vos cuando nos retiramos del baile.

Apenas habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando Jorge entró muy contento en el comedor.

— Acabo de tener un feliz encuentro, Carlos, dijo Jorge sentándose á la mesa, un encuentro que puede influir mucho en tu fortuna y en tu porvenir.

— ¡Cómo, Carlos! ¿no respondes á tu hermano cuando te dice que acaba de interesarse por ti? dijo severamente el conde.

— Espero oír lo que Jorge tiene que decirme.
— Es verdad; danos á conocer ese encuentro.
— He encontrado á un caballero que conozco únicamente desde ayer por haberle visto en los salones de la señora de Griselli; es el conde de Saint-Gervais. Hé aquí lo que me ha dicho: «Vuestro hermano, que durante una parte de la noche hizo la corte á la señora de Lussan, ignora sin duda que tiene una hermana que posee cincuenta mil francos de renta, y que no sueña para marido mas que un apuesto oficial como él; si quiere ser general, decidle que se tome la molestia de pasarse por mi casa, calle de Santo Domingo, núm. 94; le esperaré de doce á dos en compañía de la señora de Lussan y de su hermana.

— Doy las gracias á Jorge por su mensaje, pero yo lo sabia, respondió Carlos con marcado mal humor.

— ¡Cómo, hijo mio! ¿sabias que podias enlazarte con una mujer que tiene cincuenta mil francos de renta, y llegar á ser general! ¿Sabes que eres tan diplomático como ambicioso para no haberme hablado de ello?

— Siento mucho, Carlos, dijo Jorge, haber enterado á todos de lo que tú parece querias ocultar; pero como me ha guiado un buen pensamiento, creo que no te incomodarás.

— ¿Porqué habia de incomodarme, replicó Carlos con aire burlon, si mi felicidad era tu único objeto?

No sabemos si en la respuesta de Carlos veria el conde un doble sentido; lo cierto es, que se levantó de la mesa rogando á los dos hermanos le acompañasen á dar un paseo por el bosque de Boulogne.

Jorge aceptó; pero Carlos le suplicó le dispensase de acompañarlos.

— Me he acostado mucho mas tarde que los demás, y tengo aun necesidad de descansar un rato.

— Como quieras, hijo mio, respondió el conde de Aignerville.

Jorge y su padre salieron y fueron á tomar asiento en el carruaje que los esperaba delante de la puerta de la casa.

Carlos, que salió del comedor al mismo tiempo que ellos, subió á su habitacion.

Teresa y Juana acababan de entrar en el salon, y ambas se habian asomado á la ventana para ver pasar á Jorge y á su padre.

Apenas habia salido el carruaje, cuando Carlos bajó á reunirse con las dos amigas.

Su entrada fué alegre en la apariencia; mas su frente sombría anunciaba la tormenta que Juana y Teresa habian temido estallarse durante el almuerzo.

— Quisiera hablaros, dijo por lo bajo á Teresa pasando á su lado, y aun cuando la presencia de Juana seria útil á mi confidencia, sin embargo, desearia que hablásemos á solas.

— ¿Durará mucho nuestra conversacion? preguntó Teresa.

— No; diez minutos á lo sumo.

— Juana, ¿serias tan amable que me hicieses el favor de subir á buscar un ovillo de seda encarnada que hay en el tercero ó cuarto cajon del ropero? No quiero dejar sin acabar este dibujo.

Juana se levantó y salió.

— Ya estamos solos, Carlos, ya os escucho.

— No sé si lo habeis visto ó sospechado, Teresa, pero amo á Juana con todo el ardor de que Dios ha dotado á mi corazón: la amo hasta la locura. Pues bien; hé aquí lo que quiero preguntaros: ¿Ama ella á mi hermano?

— Seré tan breve como vos, y os responderé: sí.

— ¿Estais segura de ello?

Teresa tuvo miedo de Carlos, cuyas palabras anunciaban la desesperacion.

— Juana es tan jóven, respondió, que es posible que cambiase de pensamiento, pero lo dudo mucho.

— Esa duda es para mí el paraíso. Gracias, Teresa.

Juana entraba en aquel momento con el ovillo de seda que la habia pedido Teresa.

— ¿Sabéis, Juana, dijo Carlos después de sentarse á su lado, que estuvisteis ayer muy cruel conmigo?

— Os aconsejo no me habeis de crueldad, á mí que fui insultada toda la noche.

— Ya sé lo que habeis sufrido, Juana; pero vuestro sufrimiento no dejará huellas. Yo tambien he sufrido por vos; vos no teneis nada que temer por lo que os han dicho, mientras que yo debo temer la opinion que emitís con vuestras palabras.

— No os comprendo, Carlos.

— ¿No recordais haber repetido con un entusiasmo y unos elogios que no me he atrevido á vituperar delante de todos, los versos de la señorita Delfina G.?

— Me hubierais desagradado haciéndolo, Carlos, porque mis elogios partian de lo mas profundo de mi corazón.

— ¡Dios mio, Juana! sin duda he expresado mal mi pensamiento cuando me contestais de esa manera. Voy á tratar de explicarme mas claro. Yo tengo tambien ideas liberales, y como vos, conozco cuán necesario es mejorar la suerte de ciertas clases y de ciertas gentes. Pero cuando nada podemos hacer por ellas, ¿no es prudente pensar un poco en nosotros?

— Todo lo que me decís me admira; pero os lo repito, Carlos, no os comprendo.

— Vais á comprenderme, Juana.

— Lo deseo, dijo esta sonriendo.

— Si yo pensase en casarme con vos, por ejemplo, ¿creéis que me seria fácil conseguir que el rey, el delfín y la delfina firmasen mi contrato, cuando supiesen que la señorita con quien me casaba era la que habia aplaudido versos liberales en casa de la señora de Griselli? Ya veis, Juana, que una palabra, un gesto, pueden matar una carrera, así como una palabra ó un gesto pueden adelantarla. S. A. el señor delfín me ha prometido la cruz hace algunos días; pero hoy tengo miedo...

— Creo que delirais, Carlos. ¿Desde cuándo las palabras de una jóven, con la que no pensais casaros, pueden cambiar la fortuna de un valiente oficial dos veces victorioso? Pero pienso que vos, que manifestais hoy un realismo tan puro, no recordais sin duda el mote que pusisteis á nuestro gran delfín antes de ser capitán.

Carlos movió negativamente la cabeza.

— Yo tengo mejor memoria, contestó Juana; le llamabais *Joké*.

Carlos se mordió los labios, y dió un salto como un hombre que se siente picado por una vibora. Se hubiera dicho que veia alzarse ante él la fantasma del delfín, á quien en otro tiempo ofendiera tan cruelmente. Sin embargo, fué bastante fuerte para dominar su emocion y responder riendo:

— ¡Picara! sois tan linda, que ni aun tengo valor para regañaros; y diciendo estas palabras, la cogió la cabeza entre sus manos para besar sus cabellos.

— ¡Ah, Carlos! no está bien hecho el destruir así mis sábias combinaciones: mira, Teresa, mira cómo ha comprometido la forma de los rizos que tanto trabajo me costó hacer esta mañana.

— Perdon, mi buena Juana, perdon, replicó Carlos besándola de nuevo.

— Vos sí que no os apercebis, Carlos, de lo que me perjudicais; si yo pensase en casarme, y mi futuro entrase en este momento, ¿creéis que me encontraria bastante linda para atreverse?

Juana comprendió que era necesario echar á broma los besos de Carlos para no ruborizarse. Bromear era no comprender su significacion.

Teresa sin duda alguna quiso poner á Carlos á prueba, porque se levantó bajo un pretexto insignificante, y salió de la habitacion.

Teresa hizo algun ruido al salir del salon, con el objeto de hacer creer que subia á su cuarto, pero volvió atrás en seguida, y entró en un gabinete que no está separado del salon sino por una puertecilla secreta.

Carlos, como todas las personas de la casa, conocia aquel gabinete; pero se entraba en él tan pocas veces, que Teresa tuvo razon al pensar que le habria olvidado completamente.

Así que se vió solo con Juana, Carlos se manifestó mas emprendedor; la cogió de la mano, la hizo levantar, y la estrechó contra su corazón sin decir una sola palabra.

— Retiraos, hermano mio, ó voy á llamar á Teresa á mi socorro, dijo Juana procurando reír.

— ¡Oh, Juana! no me llameis hermano, os lo suplico; quisiera oír de vuestros labios otro nombre mas dulce.

— ¿Cuál podria daros mas dulce que el de *hermano*?

— ¡Oh! mirad, Juana; me es imposible fingir por mas tiempo; desde mi regreso de Africa he sufrido mucho, para que pueda sufrir por mas tiempo. ¡Moriria!

— Pero ¿qué teneis, Carlos? ¿me aterrais!

— ¿Qué tengo? ¡Y vos me lo preguntais! ¡Entonces no sabeis cuánto os amo! ¡No sabeis que mis noches son un continuo insomnio, mis dias un continuo tormento! Si hasta hoy he ocultado este amor que me abraza el corazón, es que habia soñado que le veria extinguirse; queria sacrificarme á Jorge que tambien os ama; pero ya lo veis, Juana, mi pasion es mas poderosa que mi voluntad. Cuanto mas procuraba alejaros de mi pensamiento, mucho mas le ocupabais. Tres años hace que nació este amor en mi corazón, y tres años que acaricio la idea de ser un dia vuestro esclavo sumiso. ¡Oh! decidme que me amais un poco en cambio de tanto amor.

(Se continuará.)

Manufactura de los cañones Armstrong

EN WOOLWICH.

Los cañones Armstrong que parecian haber sido olvidados con las piezas rayadas francesas, han recobrado toda su importancia desde que M. Armstrong asegura que mediante sus nuevos procedimientos podrá atravesar con sus proyectiles los mas gruesos blindajes.

Reproducimos aqui la operacion de la fundicion de los proyectiles para un cañon Armstrong de grueso calibre. Preparados los moldes con la mayor velocidad por tornos particulares, se colocan después en el suelo para recibir el metal en fusion que arrojan en ellos los operarios con un cucharón enorme. Una vez enfriadas las balas, las sacan del molde y las llevan á un taller donde son torneadas, después de lo cual las dan una capa de plomo muy delgada destinada á llenar exactamente las rayas del cañon.

La bomba de segmentos, *segment-shell* (fig. 1 y 2), está formada con una porcion de pedazos de hierro juxtapuestos, y entre los cuales vacian plomo para llenar los intersticios. La bomba se llena después de pólvora, que cuando la pegan fuego, la hace estallar y la divide en innumerables pedazos.

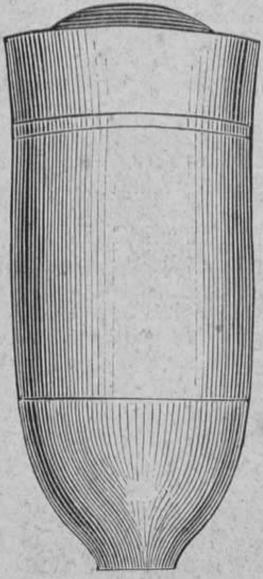
El cohete (fig. 3) se hace del mismo metal que los cañones, y está guarnecido interiormente de una mezcla de plomo y de estaño. El vacío que existe en el interior está lleno de pólvora, sobre la cual hay una composicion detonante que prende al menor roce; el bajo del cohete tiene una vuelta de tornillo sobre la bomba y comunica con ella. La carga de pólvora está contenida en un saco de franela (fig. 4) rodeado de lazadas para que no se desgarré; cuando introducen la pólvora, tiran las lazadas y las anudan.

Entre la carga y el proyectil ponen en el cañon un taco cuya invencion es debida á M. Boxer, y que se compone de dos discos de cobre sobrepuestos á corta distancia uno de otro, y formando una especie de compartimiento lleno de una mezcla de aceite y de grasa.

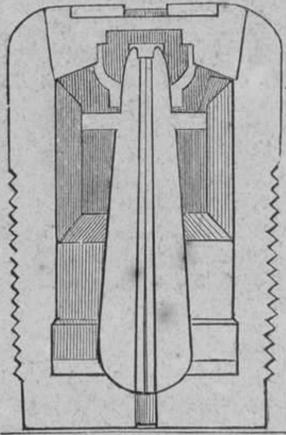
Los dos discos de cobre están separados por una rodaja de fieltro untada de cera. Este taco se adapta al saco que contiene la pólvora por medio de un tapon de madera. El taco, puesto en el cañon entre la carga y el proyectil, recibe toda la fuerza de la explosion de la pólvora; se aplasta, y el aceite que contiene se esparce entonces en el cañon para impedir que se caliente. El tubo que sirve para dar fuego á la pólvora difiere totalmente del martillo de percusion que se habia empleado hasta hoy: es de cobre y contiene pólvora. Colocan una barrita de hierro rodeada de pólvora fulminante, y el roce que se produce cuando tiran con presteza de esta barrita inflama la pólvora contenida en el tubo y da fuego á la carga.

El número de proyectiles fabricados por semana en el arsenal de Woolwich es de 18.000, pero el establecimiento podria producir hasta 30.000 si lo exigiera el servicio.

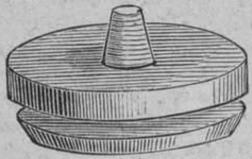
L. M.



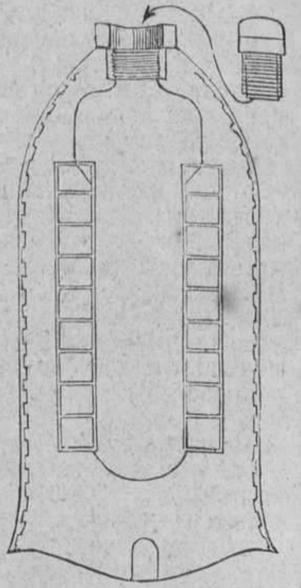
Bomba de segmentos.



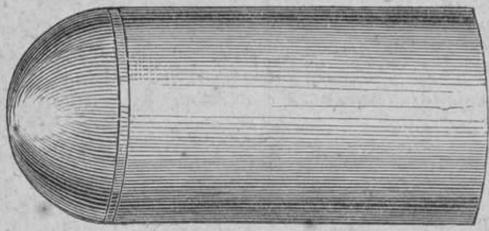
Corte del cohete y taco, tamaño natural.



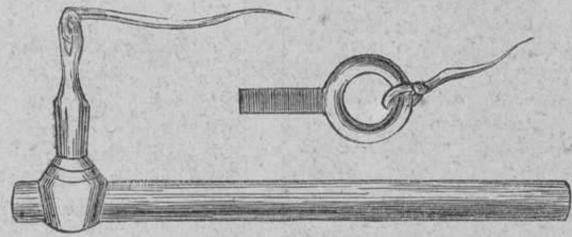
Fundicion de balas para los cañones Armstrong.



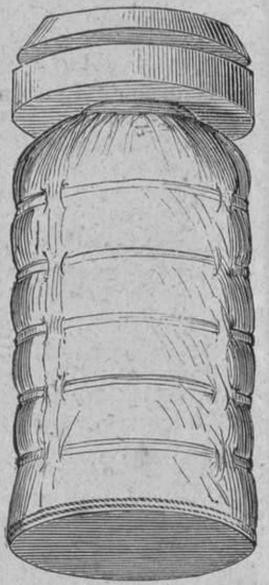
Corte de la bomba.



Bala.



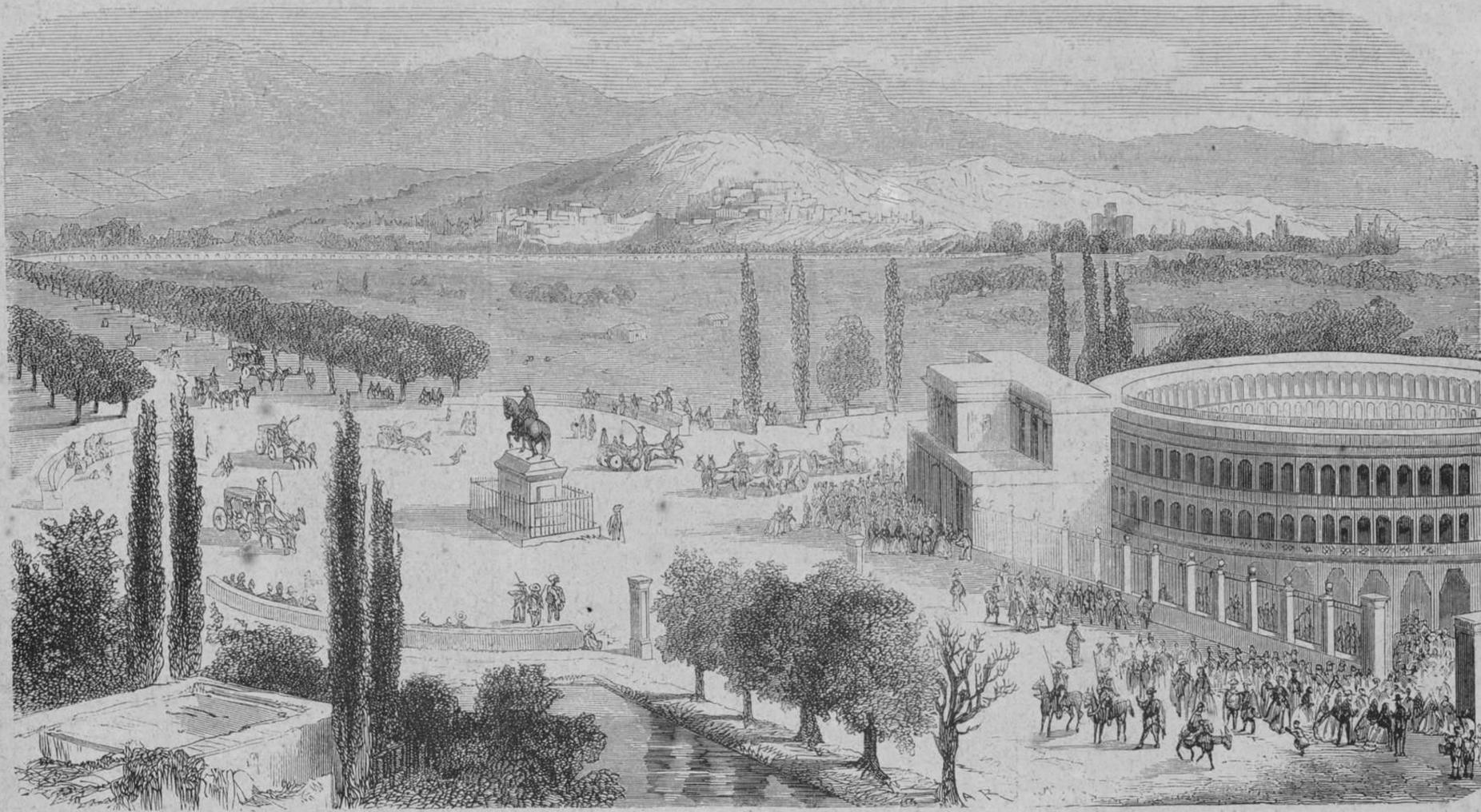
Tubo de rozamiento que sirve para pegar fuego.



Carga y taco.



Teatro de la Puerta San Martín. — Los Voluntarios de 1814, XI cuadro. (Véase la Revista de Paris del número 486.)



El paseo de Bucareli.

Méjico.

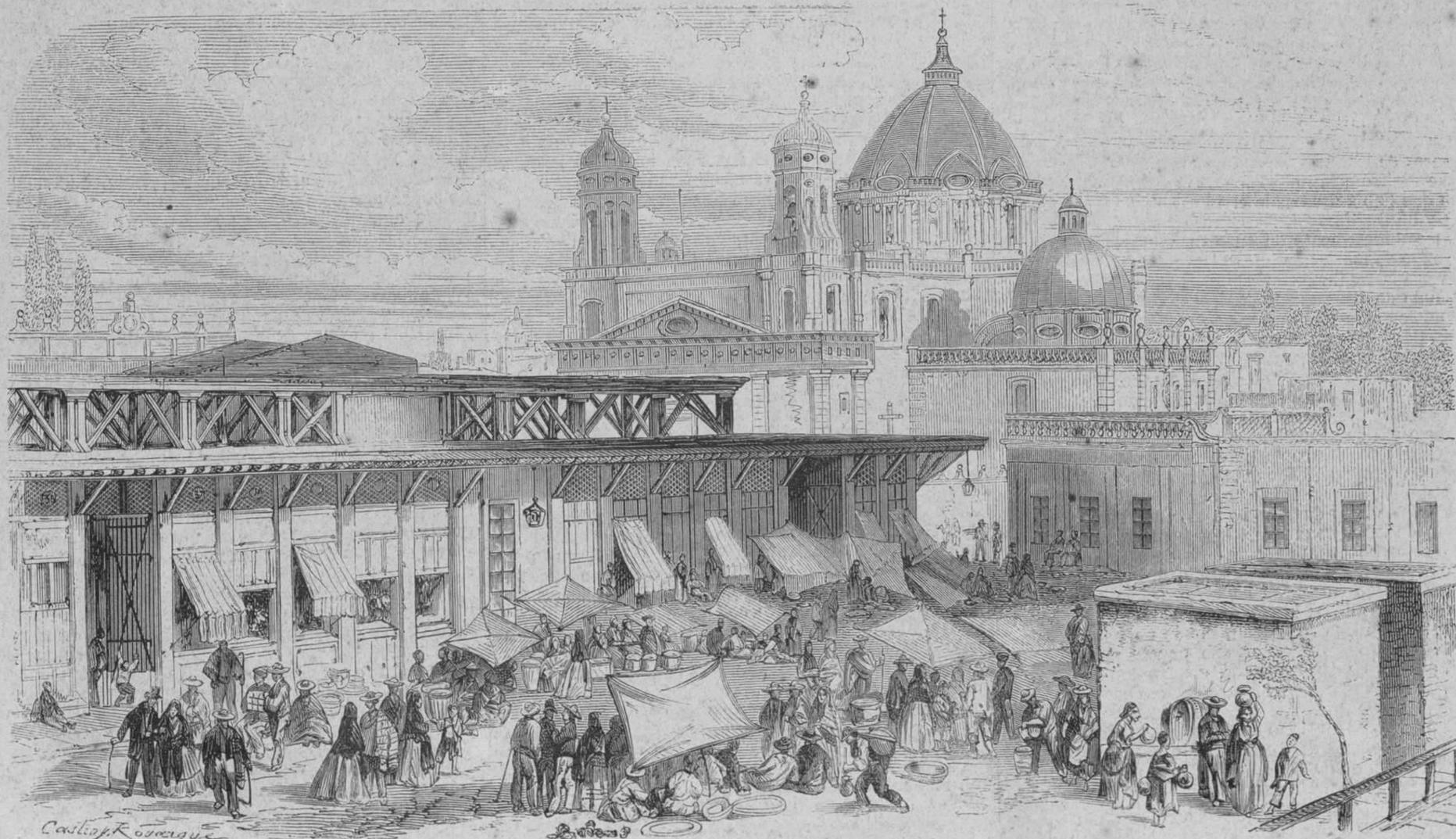
(Artículo III. — Véase el número 483.)

Por los años de 1596 el poder de los castellanos se había extendido desde la península de Yucatan y el golfo de Tehuantepec, hasta las fuentes del río del Norte y las costas de la Nueva California. En 1601, 1609, 1624 y 1692 estallaron los primeros motines de los indios. En el último, el palacio del virey, la alcaldía y las cárceles públicas fueron quemadas por los indígenas, y el virey don Gaspar de Sandoval tuvo que refugiarse en el convento de San Francisco. Mas tarde, en la misma época en que la Gran Bretaña perdía casi todas sus colonias en el conti-



La plaza de Santo Domingo.

nente americano, un indio estuvo á punto de arrebatarse al rey de España toda la parte montañosa del Perú. Este indio, conocido con el nombre del inca Tupac-Amara, se mostró en 1781 á la cabeza de un ejército indio ante los muros de Cuzco. Diestro en mezclar las ideas cristianas con los recuerdos del culto del sol, deseoso de vengar la muerte de uno de sus antepasados decapitado en 1578, y ostentando en la frente la diadema imperial de los incas, Tupac-Amara subleva á los indios de las montañas, los arrastra en pos de sí, y extermina sin misericordia á todos los que no son de su raza. Tupac-Amara había conquistado ya varias provincias cuando los españoles le hicieron prisionero, y fué ajusticiado con su familia en la ciudad de Cuzco.



El mercado de Iturbide.

Castro, Rosique

L. 1857

Antes de hablar de la situación política, digamos cuatro palabras sobre el estado económico de aquellas regiones en los tiempos de la dominación española. De 1521 a 1561, no existe ninguna noticia sobre el comercio y la navegación; de 1561 a 1760, los cambios fueron muy limitados, a juzgar por las pocas embarcaciones que llegaban de España, y por la escasez de toneladas de los buques mercantes que las componían.

Las exportaciones de 1766 a 1778 se elevaron a 155.260.564 pesos fuertes, ó sean, por término medio, 11.963.120 pesos anuales.

Por un decreto fechado el 12 de octubre de 1778, se proclamó la libertad de comercio, esto es, Sevilla y Cádiz perdieron el monopolio de las transacciones trasatlánticas, de resultados de la habilitación de nuevos puertos, tanto en la península como en las costas de la Nueva España. Los buques y los comerciantes españoles conservaron no obstante, el privilegio exclusivo del comercio con el nuevo mundo. En suma, el decreto no daba más que una libertad limitada; pero relativamente al pasado se entraba en una vía liberal.

En 1799, con motivo de las hostilidades abiertas entre la España y la Inglaterra, los pabellones neutros fueron admitidos en los puertos de la América española hasta el año 1808, época en que se suspendió la admisión, siendo autorizada de nuevo en 1817, 1818 y 1820, cuando se proclamó la independencia.

El movimiento del comercio general de 1796 á 1820 arroja un total de 537.640.234 pesos.

El producto de las minas de Méjico daba en oro 16.000 kilogramos y en plata 537.000 kil.; en todo 23 millones de pesos fuertes, ó cerca de la mitad del valor de los metales preciosos que se sacaban anualmente de las minas de las dos Américas. La casa de la moneda de Méjico suministró de 1670 á 1803 más de 1.353 millones de pesos, y desde el descubrimiento de la Nueva España hasta principios de este siglo, según Alejandro de Humboldt, 2.028 millones de pesos, ó cerca de las dos quintas partes de todo el oro y la plata que en ese intervalo de tiempo han llegado del nuevo continente al antiguo. — Entremos ahora en la situación política.

Méjico, dice M. Michel Chevalier en un escrito reciente, no había sido gobernado en un modo peor que las demás posesiones españolas del continente americano; y aun puede decirse que lo fué mejor. Menos apartado de la península, con una población indígena más numerosa, más avanzada en el momento de la conquista, y de mayor aptitud para las artes útiles; por lo menos igual á las más favorecidas en ventajas naturales, más afortunado aun que el Perú en cuanto á la riqueza mineral, más productivo que todo el resto junto para el tesoro de la madre patria, Méjico fué mirado con más celo y solicitud por el consejo de las Indias y el gabinete español. Los abusos fueron reprimidos con manos menos indolentes. Elegidos con más discernimiento, los funcionarios encargados de gobernarle con el título de virey, se habían absorbido menos en el cuidado de su hacienda personal, descuidando los intereses del reino confiado á su patriotismo. Muchos fueron hombres eminentes por su inteligencia, y estuvieron animados de sentimientos generosos que pusieron en planta. El conde de Revillagigedo y otros varios habrían sido citados por todas partes como hábiles administradores, amigos de la humanidad y promovedores de la civilización.

Los indios se vieron protegidos en Méjico más eficazmente que en las demás colonias. La grande reina Isabel, que toda su vida los miró con tierna compasión, les recomendó encarecidamente al sentimiento cristiano de sus sucesores, y es justicia decir que la corte de España no se había mostrado indigna de esta herencia, pues particularmente en Méjico combatió los excesos de los opresores de los indios, cuanto podía hacerlo un gobierno que residía á mil ochocientas leguas. El hombre de genio que había derrocado el imperio azteca de Motezuma y de Guatimoxin, Hernán Cortés, había manifestado terminantemente en su testamento la necesidad que sentía de mostrarse justo respecto de aquella población vencida y subyugada. En esto, instrumentos fieles á menudo del pensamiento real, el clero y los intendentes, funcionarios civiles que en la última mitad del siglo XVIII habían puesto á la cabeza de las provincias que componían la Nueva España, en réemplazo de una organización defectuosa que pesaba mucho sobre los indígenas, habían hecho laudables esfuerzos á fin de arrancar á aquella población tan interesante por su amor al trabajo y á su sumisión á los malos tratamientos de los herederos de los conquistadores y de los colonos. A principios del siglo XIX, cuando Alejandro de Humboldt visitó Méjico, halló á los indios en una condición muy superior á la servidumbre bajo muchos conceptos. El sistema de las encomiendas, que había puesto á esta raza en una situación análoga á la de los antiguos aldeanos de la Europa sujetos á la gleba, había sido abolido por la autoridad; mas sin embargo el indio no quedó completamente libre; la mayor parte de ellos vivían en territorios que les designaban, donde no podían establecerse los blancos, y por ello pagaban un tributo anual en vez de la alcabala. Tampoco tenían ya que trabajar en las minas, y si lo hacían, era por su cuenta.

Muchos indios eran ricos: había primeramente la categoría de los caciques, ó nobles indios que descendían de los jefes aztecas del tiempo de Motezuma, los cuales se hallaron libres de tributo y tratados con consideraciones particulares. En cierta época hasta tuvieron intención de instruirlos por medio de colegios que les habrían sido reservados, idea que recibió un principio de ejecución, aunque desgraciadamente no se perseveró en

ella. Fuera de esta clase, decimos que había indios ricos. M. de Humboldt cita una anciana que murió en Cholula, y que dejó haciendas á sus hijos, que valían más de 300.000 francos. Cuenta también que otras familias indias tenían fortunas de 800.000 francos y de un millón; pero estas eran excepciones, y por lo regular el indio era pobre.

Las clases de sangre mezclada procedentes principalmente del cruzamiento de los indios con los blancos, y en menor parte de la mezcla de los negros con las otras dos razas, tenían el nombre de *castas*, se hallaban envilecidas legalmente, pagaban el tributo como los indios, y no estaban como estos en aquella perpétua minoría imaginada en Madrid con el fin de protegerlos y de ampararlos.

En suma, á pesar de la protección de que eran objeto por parte de la corte de Madrid, la suerte de una gran parte de los indios, que formaban la mayoría de la población mejicana, era miserable, y se podía presumir que esa raza, en la cual no se había apagado el recuerdo del tiempo en que había sido dueña del país, podría sublevarse en un momento dado. Hacia algún tiempo que era urgente atender á mejorar la condición de los indios y de los mestizos, y así se lo advertían al gobierno de Madrid entre otros un venerable prelado, el obispo de la diócesis de Michoacan, que dirigió con este motivo una Memoria al rey en 1799, deplorando el estado miserable de los indios y de las castas. El obispo intercedía por ellos, y pedía entre otras cosas que les repartieran los bienes comunales, y que se diera en Méjico una ley agraria parecida á la de Asturias y Galicia, en cuya virtud el pobre puede hacer valer, bajo ciertas condiciones, las tierras que los grandes propietarios han dejado incultas hace siglos con detrimento de la industria nacional.

Tal era, bosquejada á grandes rasgos, la situación moral y política de Méjico cuando Napoleón entró en España.

(Se continuará.)

Las áncoras de misericordia.

I.

Gontran Raucourt se hallaba de pié á algunos pasos de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, y dirigiendo á su alrededor miradas que se esforzaba en vano porque apareciesen indiferentes. Próximo á dejar la vivienda de joven independiente que había habitado hasta entonces, contemplaba por última vez todas aquellas apariencias de lujo y elegancia á que iba á renunciar, porque nada de lo que le rodeaba le pertenecía ya: todo acababa de cederlo á sus acreedores, fatigados de esperar, y á quienes fué por último necesario satisfacer.

Tres años habían bastado á Gontran para llegar á este estado. Dueño á los veinte y cuatro años de una brillante fortuna, había cedido, como tantos otros, á la fatal atracción de París, y se había separado de su buena tía Catalina, que le sirviera hasta entonces de madre. Pero al verificar esta separación puso en poder de su notario una suma, que aseguraba á la anciana soltera un bienestar que ella miraba como riqueza, y que nada le hubiera dejado que desear sin el alejamiento de Gontran.

Los temores instintivos que le inspiraba la nueva vida á que aquel se iba á entregar, no tardaron en justificarse. Arrebatado como el pichón viajero al medio de este desconocido conjunto que le había arrastrado y seducido, nuestro joven se dejó coger en todos los lazos, y perdió sucesivamente las más brillantes plumas de las falaces alas que se nombran ilusiones. Con la ruina vinieron el desencanto y el desprecio burlon, tristes enfermedades de un corazón agotado, seco. El desorden elegante á que debía la pérdida de su fortuna, había al mismo tiempo borrado sus generosos instintos, exaltado su orgullo y sustituido á las sencillas é ingenuas inspiraciones de la conciencia, el cúmulo de preocupaciones, que ciertas gentes han colocado en lugar del deber.

Gontran Raucourt había tomado plaza entre los modernos fatuos caballeros, que olvidando la elevación de carácter y lealtad de la antigua nobleza, no han sabido resucitar más que sus vicios. Marchito por el abuso de todos los placeres, había llegado ya á la senectud moral, que forma toda la filosofía de estos libertinos aburridos, cuyo eterno sarcasmo contrasta la dicha de las almas sencillas.

Así es, que se hubiera avergonzado de manifestar el más pequeño sentimiento al dejar lo que hasta entonces había satisfecho su vanidad, ó más bien formado su gloria. En el momento en que el portero vino á anunciarle que el coche pedido por él acababa de llegar, tomó una caja de palisandro, salió bruscamente sin dirigir una mirada de despedida á esta habitación que no debía volver á ver, saltó al estribo del carruaje que le esperaba, y dejó oír estas palabras: — Calle de Copeau, número 46. — El cochero subió al pescante y partió.

II.

Una hora después, Raucourt se encontraba solo en una guardilla ó desván casi desmueblado, acabando de quemar algunas cartas que hubieran podido darle á conocer.

Luego que los últimos restos de papel se consumie-

ron en el hogar vacío, se aproximó á la caja de palisandro colocada sobre una silla, y la abrió.

Esta encerraba un par de pistolas ricamente incrustadas; era el único objeto de lujo arrancado al naufragio de su fortuna; lo había conservado á título de último amigo, de libertador. Porque pertenecía también á esa clase de urañes voluptuosos que no pueden aceptar de la vida otra cosa que los festines y placeres, y que cuando llega el día de las pruebas, se erigen ellos mismos, como Sardanápalo, una hoguera perfumada. Incapaz de soportar su desgracia, había resuelto sustraerse á ella por medio del suicidio; mas á fin de evitar el escándalo, se había venido á esta habitación retirada para cumplir en secreto su proyecto. No habiendo dado á conocer á nadie su nueva morada y acabando de destruir todos los papeles que hubieran podido revelar su nombre, estaba seguro de morir desconocido, y de evitar á su memoria la vergüenza de la derrota.

Acababa, como hemos dicho, de dirigir la mano hacia sus armas, cuando resonó en la escalera el ruido de pasos y una voz. Por un movimiento involuntario, y como si temiese ser sorprendido, Gontran dirigió con prontitud la pistola á una de sus sienes.

Su nombre pronunciado por una voz que creyó reconocer, le contuvo. Apenas tuvo tiempo para volver á colocar el arma en su estuche; casi en el mismo instante la puerta se abrió bruscamente, y su tía Catalina apareció en el cuarto cargada de cajas de cartón.

El grito de sorpresa del joven fué sofocado por otro grito de alegría de la anciana, que se lanzó hacia él. Aturdido por su inesperada llegada, Gontran se dejó abrazar sin comprender nada. Sus preguntas no le procuraron al principio aclaración alguna; porque la señora Raucourt, que lloraba de emoción, no podía responder sino con frases entrecortadas, y en las que el placer y el dolor se reproducían alternativamente á intervalos casi iguales.

— ¡Pobre queridito mío! ¡al fin te vuelvo á ver! ¡Ah! yo estaba bien segura de encontrarte. Cuando una es tan desgraciada... lloro de alegría... ¡Ah! mi bondadoso Dios me ha protegido siempre... Había creído volverme loca de pesadumbre... Y volvió de nuevo á abrazar á Gontran, á quien tales desahogos ininteligibles inquietaban é irritaban á la vez. En fin, á fuerza de preguntas supo que su tía había sabido su ruina, y que su primer pensamiento con tal noticia fué partir para París, y llevar á su sobrino la suma que había obtenido de su generosidad; pero el notario á quien se la había confiado, la había ahorrado este sacrificio, desapareciendo con el dinero de que le hicieron depositario.

Raucourt no pudo contener una exclamación.

— ¿Con que Vd. también está arruinada? gritó.

— ¡Completamente, querido mío! No me queda ya abajo otra cosa que las alforjas y el bastón blanco, como se dice en el país.

— ¿Y ha venido Vd. á París en la inteligencia de que yo podría socorrerla?

— De ningún modo; ya sabía de positivo que te encontrabas sin recursos como yo.

— ¿Y qué ha venido Vd. á buscar entonces? replicó Gontran con cierta especie de impaciencia dolorosa, ¿qué esperas aquí?

— ¡Qué es lo que espero! repitió la anciana, te lo diré: reunir en común nuestro valor, puesto que no nos queda otro capital; darte consuelos y recibirlos de tí. Pues acaso ¿no se reúnen y agrupan los que tienen frío? La miseria entre dos no es ya tanta miseria; y por otra parte, ¿no eres joven? tú trabajarás.

Gontran hizo un gesto de sardónico desden. Perdónese usted, tía mía, que la recuerde, dijo con un tono amargo, que no me ha enseñado ningún oficio; y no sé servirme de mis manos...

— Pues bien, te servirás de tu talento, interrumpió Catalina, ¿es justo desanimarse de ese modo cuando se espera aun medio siglo en que vivir?... Encontrarás una colocación.

— ¡Yo no la quiero! gritó el joven exasperado; no me reduciré jamás á ser el instrumento de otra voluntad. ¡No quiero ser una de esas bestias de carga destinadas á dar vueltas á la rueda que muele el pan de cada día!

Catalina miró á su sobrino con asombro. Era la primera vez que oía ajar así el trabajo; pero con el maravilloso instinto de mujer, que penetra en un instante los pensamientos más reservados, calculó que no debía pedir explicación de las ideas de Gontran, ni combatirlas.

— Pues bien: yo seré entonces quien la dé vueltas, dijo ella continuando la imagen empleada por el joven; ¡y no temo que las fuerzas me falten! Yo te he velado dos meses enteros cuando aun eras niño. Todos creían que ibas á morir; pero yo tenía fe en Dios y en mi buena voluntad; la esperanza me daba fuerzas, y lo mismo sucederá en esta ocasión.

El orgullo de Raucourt se sublevó por la idea de que una anciana débil le hubiera de servir de apoyo. Así fué que la contestó con acritud. Catalina aparentó variar de rumbo y apreciar el descontento de su sobrino como una protesta de valor. Lo estrechó con efusión en sus brazos pidiéndole perdón de su presunción, y reconociendo que á ella es á quien correspondía aceptar su protección.

— Estamos de acuerdo, exclamó ella, tú serás el jefe de la familia, yo contaré con tu apoyo, como en otro tiempo tú descansaste en el mío. Es justo que á cada uno llegue su turno: las mujeres cuidan de los niños, y estos cuando se hacen hombres cuidan á su vez de las ancianas: este es un sacrificio puesto á interés, y que produce rédito.

Gontran nada respondió, porque se hallaba en una perplejidad de la que no podía salir sin un sacudimiento estrepitoso. ¿Cómo decir á la pobre Catalina que se había equivocado al suponer en su sobrino reconocimiento y valor; él, que demasiado orgulloso para ser protegido, era bastante cobarde para protegerla, y que se sentía incapaz de sostener á la anciana que venía á pedirle ayuda y socorros? En presencia de sus amigos puede ser que Gontran hubiera tenido esta audacia; acostumbrados á ridiculizar todos los deberes, le habrían inspirado alguno de esos sarcasmos que atraviesan como una espada; pero se hallaba solo, y á su pesar le contenía cierta especie de temor instintivo; su egoísmo no osaba manifestarse por falta de estímulo; se contentó pues con encogerse de hombros, y se puso á pasear por el cuarto, los brazos cruzados y con todos los signos de una cólera reprimida. Catalina parecía no apercibirse de ello: tomando posesión de la morada de su sobrino, que se componía de dos piezas contiguas, se ocupó en colocar en ellas su equipaje en silencio.

Entre tanto, Raucourt reflexionaba en el trastorno ocasionado por esta súbita llegada; su proyecto no hacia por otra parte mas que retardarse. Desde el día siguiente podía dejar á su tía Catalina con cualquier pretexto, trasladarse al rincón mas solitario del bosque de Boulogne, y acabar allí con todos sus disgustos. Esta perspectiva calmó un poco su mal humor. Aparentó prestarse con cierta complacencia á los planes que la anciana empezaba á formar, y llegada la hora de acostarse, quedaba establecida la paz entre la tía y el sobrino.

Mas la primera estaba mas intranquila de lo que quería aparentar; la vista de las armas de Gontran le habia inspirado un vago terror. Además, no se pasa impunemente de una vida cómoda y apacible á las dolorosas incertidumbres de la indigencia. Para aceptar sin grande esfuerzo la nueva condición á que se veía reducida, se necesitaba menos edad y mas indiferencia y buen humor. No podía soportar con valor Catalina la súbita carencia de todo lo que habia perdido. Su sangre enardecida se inflamó; su imaginación excitada por la fiebre, se ocupaba con afán en buscar expedientes, en inventar recursos, y exaltándose progresivamente, llegó á constituirse en un verdadero delirio. El jóven, que se habia dormido, despertó á las voces de su tía, y encontró á la anciana incorporada sobre la cama, con el rostro encendido, la vista feroz y la respiración anhelosa: apenas lo reconoció, y no respondía á sus preguntas sino con frases entrecortadas. Repetía á cada instante que quería trabajar... que se encontraba fuerte y que no caería enferma.

A pesar de su endurecimiento, Raucourt se conmovió; la corrupción del alma puede hacernos insensibles al dolor moral; conseguimos no creer en él; pero el dolor físico afecta los sentidos á nuestro pesar; las paradojas no fortifican los nervios como lo hacen con el alma; se sufre viendo sufrir, y se siente la necesidad de consolar al que se queja, siquiera esto se haga por consolarse á sí mismo.

Gontran se esforzó pues á calmar á su tía Catalina, y esperaba con impaciencia la llegada del día para hacer llamar un médico. Cuando llegó este, examinó con atención la enferma, y declaró al jóven que todo anunciaba el principio de una larga y grave enfermedad.

— Yo sospecho que no podrá Vd. asistirle aquí con todos los cuidados que su estado necesita, añadió pasando una mirada rápida sobre el miserable mueblaje de la guardilla; y lo mas prudente sería trasladar la enferma al hospital mas próximo.

Raucourt se estremeció á esta palabra, y Catalina que la habia oído, dió un grito de horror. Criada en las preocupaciones de los aldeanos de provincia, se habia acostumbrado á mirar el hospital como el último grado del infortunio y humillación. Así es, que prorumpió sollozando que prefería morir, que por otra parte, ella no tenia necesidad de cuidados ni de médico, que ya se sentía curada.

Y para apoyar su dicho, quiso levantarse; pero al primer esfuerzo cayó desvanecida.

Gontran procuró calmarla, prometiéndola no entregarla á cuidados extraños.

Esta promesa no era solo un medio para calmar la exaltación de la enferma; él mismo sentía una repugnancia invencible al abandono de la mujer que le habia prodigado los cuidados de una madre. El orgullo se unía á un resto de sensibilidad para serle odiosa la idea del hospital; decia entre sí, que no socorrer á la anciana Catalina en esta ocasión sería mas que dureza, mas que ingratitud, sería una infamia! Esta palabra pronunciada interiormente le decidió. Resolvió en consecuencia aplazar su suicidio, sufriendo la nueva prueba que se le ofrecía.

Como lo habia anunciado el médico, no tardó en caracterizarse la enfermedad de la anciana; presentó todas las fases ordinarias con alternativas que ofrecían en turno el temor ó la esperanza. Gontran habia desempeñado al principio sus funciones de enfermero con algun disgusto; pero insensiblemente se interesó en esta lucha contra la enfermedad; tomó parte en ella, é interesó su orgullo en el triunfo. Las demostraciones de reconocimiento de Catalina estrechaban mas estos lazos; él se sentía capaz de mayores esfuerzos y paciencia, á fin de no desmerecer el agradecimiento que se le tributaba.

Un socorro inesperado vino á hacer aun mas ligeras sus fatigas.

La habitación vecina á la suya estaba ocupada por un oficial de impresor llamado Gervasio, y por su hija En-

riqueta, que pintaba abanicos. Sabedores de la enfermedad de la anciana, se habian presentado los dos á ofrecer sus servicios; y aun cuando Raucourt les dió las gracias con altivez, aquellos habian aprovechado todas las ocasiones de serle agradables ó útiles. Principalmente Enriqueta se mostraba cada día mas previsora. Cuando Gontran tenia precisión de salir, venia ella á colocarse junto al lecho de la enferma, que no se apercibía de la ausencia de su sobrino; habia muchas veces instado al jóven que fuera á descansar, mientras ella velaba á la anciana Catalina, ocupándose en tanto de pintar sus abanicos.

(Se concluirá.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Longchamps se ha concluido. — De las modas francesas. — De cómo se visten los *gandins*. — Retrato típico del *gandin* bosquejado á la ligera. — Las carreras de caballos en el bosque de Boulogne. — Trajes de campo y de viaje. — Los fracs de seda negra, gris y malva. — Pantalones y chalecos á la orden del verano. — Lord Pembroke y el conde Dorsay. — Trajes de niños. — Descripción del figurín que representa las modas de la temporada.

Longchamps ha perdido toda su influencia sobre las modas; es un paseo como el de los demás días, desprovisto de su antigua elegancia.

Las diosas de nuestra época no ostentan ya trajes excéntricos ni actualidades de la temporada; así como se ha concluido tambien el lujo en los coches, los caballos y los arreos.

Por lo demás, la moda masculina sigue inalterable. Si se hubiera preguntado á los japoneses: «¿Qué os parecen los trajes europeos?» No hay duda que habrían respondido: «Nos parecen ridículos hasta dejarlo de sobra.»

Nosotros nos hemos reído de sus sombreros de paja; pero ¿qué habrán pensado ellos del sombrero de copa alta?

La moda francesa ha perdido su antiguo carácter típico y gracioso. Todos los *gandins* (nuevo nombre de los elegantes) se visten de gentlemen y llevan trajes de un negligé extravagante. Imitación inglesa, que hará reír á los vecinos de ultra-Mancha.

Ya que hablo del *gandin* parisiense, voy á trazar en unas cuantas líneas su retrato.

El *gandin* es un producto de la civilización, de la moda y de la industria.

Es una especie que sufre todas las transformaciones que la imponen.

¿Cómo se reconoce?

Se parece á un figurín de modas; es fatuo y pretencioso; toda su persona respira una íntima satisfacción. El *gandin* se ama mucho á sí mismo, porque se cree idolatrado. No tiene en su vida otra ocupación seria que la de ser *gandin* y de figurar como un hombre á la moda. Se viste con la afectación de una coqueta. Lleva las telas que nadie posee aun en sus chalecos y sus pantalones.

En cuanto sale á luz un nuevo cuello, el *gandin* le introduce en el mundo de la elegancia.

Ayer llevaba el cuello tieso, hoy lleva dobladas las dos puntas.

El *gandin* no es amigo de la muchedumbre, pues necesita mucho puesto para señorearse y que le vean.

Se pasea en los Campos Elíseos y el bosque de Boulogne, y solo aparece en el boulevard de los Italianos á las horas en que la multitud no le ha invadido todavía.

Anda lentamente como un hombre que medita, ó que quiere dar tiempo para que le examinen los que pasan.

Pero el *gandin* no medita nunca; ¿en qué piensa pues?

En sus bigotes de puntas retorcidas ó en sus patillas en forma de aletas de pescado. Nada le ocupa mas que su persona. Nunca ama, pero permite que le amen.

El *gandin* se colecciona entre las naturalezas egoístas é inútiles.

Únicamente los sastres le aprecian en su justo valor.

Ahora que he fotografiado al *gandin*, tratemos de las carreras de caballos del bosque de Boulogne, á las cuales asiste toda la elegancia de ambos sexos.

¿Qué hemos visto en esas solemnidades tan concurridas?

El fraquecillo francés, y unos lindos paletós sacos muy cortos y muy sueltos para los jóvenes del mundo elegante.

Pero no comprendo yo así la moda masculina. Para todas esas fiestas de la fashion y del sport, desearia yo que la juventud rica y dorada adoptase un traje especial que la distinguiera. Al menos, entonces se sabría con quién se habla; en tanto que ahora, con el dichoso frac negro todos los hombres son iguales.

El verano que de repente ha venido á ocupar el puesto de la primavera, ha traído los vestidos de fantasía.

Ya se habla de los trajes de viaje en telas de lana, y si los calores continúan, es de presumir que se apelará á las telas de hilo y los alpagas.

Las prendas de verano no saldrán en su corte del género derecho, y seguirán en boga las jaquetas cortas y con pocas costuras aparentes. Las mangas serán anchas y el cuello bajo. Los chalecos se anuncian derechos, altos y sin cuello. Algunos de chal quedan un poco abiertos, en tanto que otros se abotonan hasta arriba.

Los pantalones tienden á ser anchos; la forma ancha es en efecto la que tiene mas gracia en los pantalones.

En cuanto á las telas de pantalones y chalecos, se ven algunas de cuadritos cortados con filetes, que hacen el dibujo mas delicado.

Los piqué, los alpagas y las popelinas se disputan los honores para los vestidos de campo y de viaje.

Con la popelina se hacen fracs que tienen mas gracia que solidez; pero para personas ricas esto último no es un inconveniente: lo que buscan ante todo es la elegancia y la ligereza.

El frac de popelina es pues lo mas aristocrático que se conoce.

El alpaga es mas ordinario, y por consiguiente cuesta menos. En la actualidad se emplea para forros, despues que entra sin pagar derechos en Francia. Cuando estaba prohibido era mas buscado.

Queda el satin de China lana y seda, que imita perfectamente la seda. Para campo nada será mas distinguido que el frac de seda gris ó nankin.

Algunos caballeros de la suprema elegancia se mandan hacer fracs de seda color de malva. Siempre que escribo seda, léase satin de China lana y seda. Sin duda les llamarán pastores de Florián cuando les vean vestidos de color de malva, pues es de notar que las señoras son las primeras que tienen la culpa de que la moda masculina no salga de su uniformidad.

Los fracs de seda gris se forrarán de gris mas claro ó de un verde manzana, ó de azul ó de tórtola.

Hé ahí pues una innovación agradable á la vista.

Algunos detalles sobre los vestidos de los niños completarán esta revista.

Los niños de seis á siete años llevan blusitas de valencias, de alpaga ó de piqué de algodón con dibujos sencillos y casi siempre lisos. Estas blusas cortas y anchas, se abren sobre el delantero desde arriba hasta la cintura, y llevan el cuerpo fruncido.

Otras tienen la abertura al lado; el cuerpo plegado y dos hileras de botones.

Pero con ambas formas, las mangas son anchas como las de los hombres, y se cierran con una hilera de botoncitos.

Con esta blusa hace falta un pantalon blanco, unos botines subidos, guarnecidos con botones de nácar, y por tocado un gorrito ó un sombrerito de paja adornado con una ancha cinta.

Para la segunda edad, es decir, de ocho á diez años, se usan las chaquetillas de pañeté negro ó de cachemira cortada dondas y algo largas. Estas chaquetillas se hacen con pequechal y se llevan abiertas de modo que se vea el chaleco de piqu blanco liso ó rayado.

En cuanto al pantalon, lo mismo que el de los hombres.

La fashion acaba de perder á una de sus mas célebres ilustraciones, lord Pembroke, que se habia afrancesado hasta el punto de llegar á ser uno de los primeros representantes de las modas francesas. El conde Dorsay y lord Pembroke son dos tipos cuya memoria no se perderá. Ambos reunían á la gracia, la amabilidad y la desenvoltura, la distinción, la sencillez y el sentimiento aristocrático de los ingleses. Entrambos se hacían notar por un gusto perfecto en el modo de vestirse: lord Pembroke correcto y severo, y el conde Dorsay brillante y distinguido.

Terminaremos con la descripción de nuestro figurín, que presenta algunos tipos de las modas nuevas.

Primeramente hay un traje de niño que se compone de una blusita de alpaga bronce, cerrada derecha y sujeta al talle por un cinturón de cuero de Rusia. No lleva cuello. Las mangas son anchas como las de los hombres, y llevan abajo una pequeña abertura del mejor efecto.

Se puede poner un chaleco bajo la blusa, y en este caso debe ser de una forma derecha y cerrado hasta arriba.

El pantalon es ancho por los muslos y estrecho por abajo.

Sigue un traje de hombre, ligero y de fantasía. La prenda principal es una jaqueta de alpaga negro, cortada derecha, sin costura en los embebidos del talle, y guarnecida de bolsillos á los lados.

El alpaga exige siempre mucha anchura.

Chaleco de valencias gris, derecho, un poco abierto y sin cuello.

Pantalon de cuadritos menudos, de una anchura regular, derecho sobre el pié, y justo en su largo para que no haga arrugas en la caída.

El tercer traje es de verano en toda la acepción de la palabra. Levita de fina tela gris claro, chaleco de piqué con florecillas, en suma, uno de esos trajes que tanto lucen los jóvenes que saben vestirse.

La levita, ó mas bien la jaqueta, pues su corte es de pura fantasía, tiene un buen largo; solo lleva una hilera de botones, y su corte es el que mas se lleva: los delanteros, los costados y los faldones son de una pieza.

El chaleco derecho y sin cuello. Cierra cinco botones no mas para dejar á descubierto la pechera de la camisa.

El pantalon ancho como conviene á los pantalones de hilo.

El último traje es mas serio. El Dorsay ó frac á la francesa es de tejido diagonal gris, y aunque se puede cerrar con el botón de arriba, se deja siempre abierto, para cuyo fin se han preparado el cuello y las solapas.

No lleva mas que una hilera de botones, y no tiene costura al través del talle sobre el delantero.

Visto por detrás, se ajusta ligeramente sobre un largo de talle que apenas pasa cuatro centímetros el grueso de las caderas.

Las mangas anchas y derechas á la sangría; abajo llevan un respunte á seis centímetros de altura para figurar la bocamanga.

Pantalon de mil rayas de hilo cortado derecho.

Chaleco de valencias gris liso, largo, con los ángulos de abajo redondeados y de chal sobre el pecho; le cierran cinco botones.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

S. M. la reina de los Países Bajos.

LLEGADA DE SU AGUSTO ESPOSO.

Damos aquí el retrato de S. M. la reina de los Países Bajos, que como saben nuestros lectores se halla en París y ocupó en el palacio de Tullerías las habitaciones del pabellón Marsan. Esta augusta señora está dotada de un mérito eminente. Su Majestad neerlandesa sabe la química como M. Dumas, y la física como M. Pouillet; pero la ciencia que prefiere á todas las demás es la medicina.

Se halla al corriente de todos los descubrimientos, y los mas célebres facultativos de Paris, con quienes gusta entrar en conversacion, se quedan á veces sorprendidos al observar la extension de sus conocimientos en la materia.

El rey de los Países Bajos su augusto esposo llegó tambien á esta capital el 6 de mayo á las siete de la tarde.

El emperador habia enviado para recibir á S. M. en la frontera á cuatro oficiales de su casa, y en Compiègne le esperaba el príncipe Murat. A su llegada á la estacion de Paris el rey encontró carruajes de la corte y una escolta de cien guardias para conducirlo hasta el palacio de Tullerías, donde salieron á recibirle el emperador y la emperatriz rodeados de los grandes oficiales de la corona, del ayudante general del palacio y de los oficiales y señoras de las casas de Sus Majestades.

Su Majestad la reina de los Países Bajos habia ido á Compiègne á esperar al rey su augusto esposo, y volvió á Paris en su compañía.

X.

Fr. Guill. Schadow.

La escuela de Dusseldorf ocupa un puesto demasiado considerable en la historia del arte alemán, para que dejemos de señalar en nuestro periódico la muerte de un artista muy distinguido, Fr. Guill. Schadow, director de la Academia de bellas artes de aquella ciudad. Schadow ha formado muchos discípulos hoy célebres en Alemania.

F. G. Schadow pertenecía á una familia de artistas; su padre, estatuero muy conocido, fué durante largo tiempo director de la Academia de bellas artes de Berlin; su hermano murió muy joven, y sin embargo daba las mejores esperanzas en la escultura.

Schadow, nacido el 6 de setiembre de 1789, se formó en Roma en medio de la sociedad



S. M. la reina de los Países Bajos.

artística alemana que se hallaba reunida en la ciudad eterna en tiempo de la dominacion de Napoleon, y entre la cual se distinguian Cornelius, Owerbeck, etc.

Nombrado á su vuelta de la Academia de Berlin, demostró en el profesorado un talento particular, al que debió el ser llamado á dirigir la Academia de Dusseldorf cuando la dejó en 1826 el célebre Cornelius para pasar á Munich. La mayor parte de los alumnos de Schadow le siguieron de Berlin á Dusseldorf.

Aquí fué donde mas se distinguió por su talento en contribuir á formar una escuela que en la pintura de género, y sobre todo en el paisaje, es muy célebre en los anales del arte alemán.

El rey de Prusia le ennoblecó en 1842, y le permitió que añadiera á su apellido el título de unas tierras que poseía, *Godenhauus*.

Además de su mérito como profesor y director artístico, Schadow se hizo notar tambien por sus propias creaciones. En las obras que ha producido, pintura de historia ó retratos, se observa mucha pureza de dibujo, así como muchas perfecciones de detalle: es de sentir únicamente que no haya mas vigor.

Entre sus producciones principales se cuentan los *Cuatro Evangelistas*, figuras enormes, una de las mas bellas obras del arte alemán, existentes en la iglesia del Werder en Berlin; — *Mignon*, reproducido á menudo por el grabado; — las *Virgenes locas* y las *Virgenes sábias*; — la *princesa Guillerma de Prusia y sus hijos*, gran cuadro de familia, etc. Schadow ha expuesto sus principios sobre el arte en un escrito en francés que se titula: *De la influencia del cristianismo en la pintura*, y deja sus *Memorias*.

El retrato que damos aquí de este hombre célebre, está copiado de un dibujo inédito del difunto M. Hersent (del Instituto), autor del hermoso cuadro de *Gustavo Wasa*.

G. D.

Problemas de ajedrez.

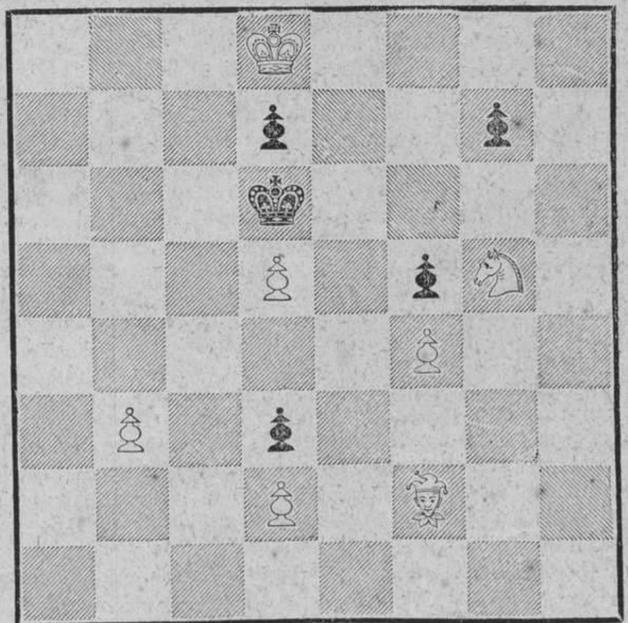
Solucion del número 8.

1 C 3ª R 2 A 6ª TR 3 P 3ª CR 4 A mate.
C 4ª AR C come A ó (A)

(A) 2 C come C 3 A 7ª Ra 4 P mate.

PROBLEMA NUM. 9, POR OMIKRON.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.



FR. GUILL. SCHADOW,
director de la Academia de bellas artes de Dusseldorf.